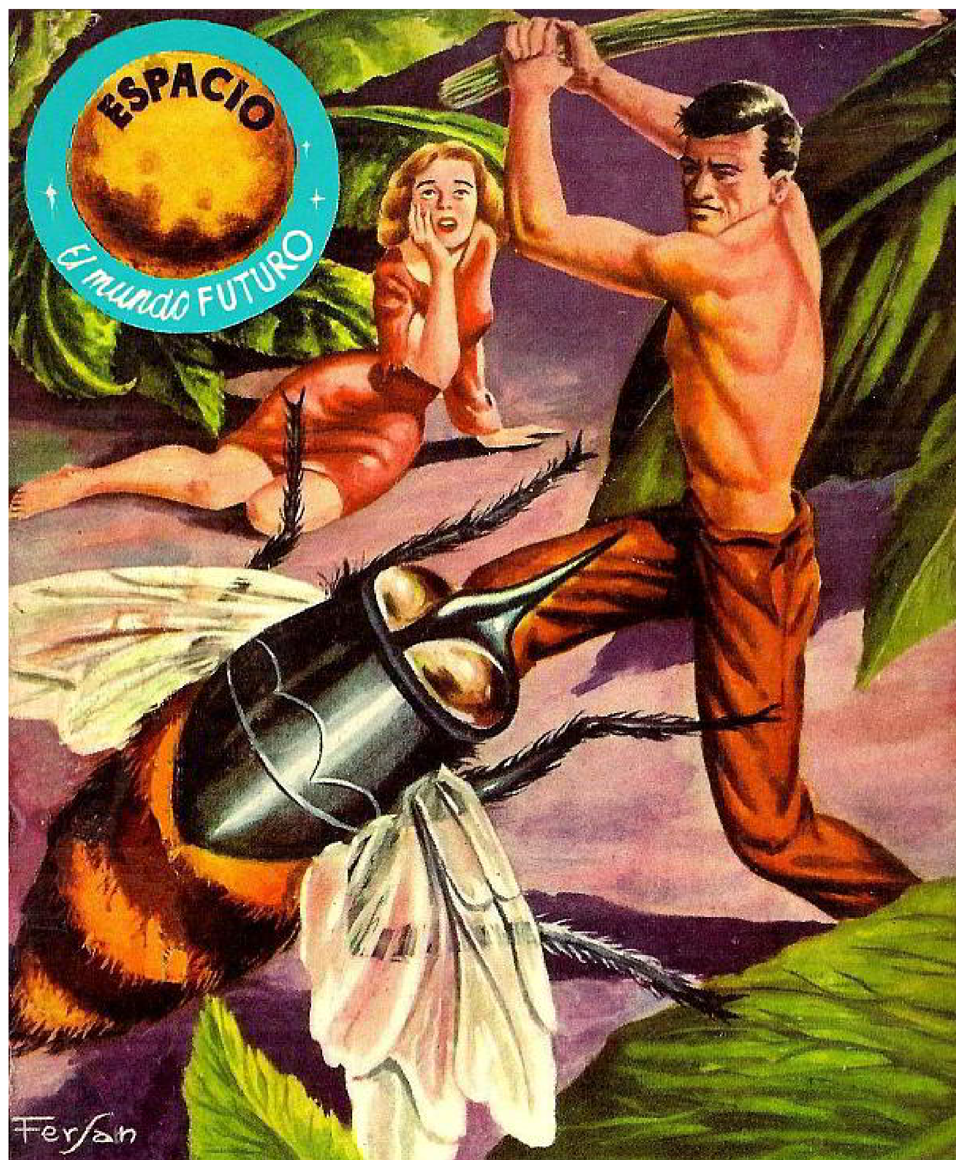


LA NUEVA ERA

CLARK CARRADOS

El enorme disco del planeta, a un millón y cuarto de kilómetros, brillante como una colosal bola de suaves colores, refulgiendo a la luz del Sol del que todavía se hallaba a diez U. A… ocultaba buena parte del horizonte celeste y su característico anillo se había convertido ahora en una delgada cuchilla de estrecho filo, apenas visible desde las lucernas del aparato.

A bordo de la «Marco Polo», los ávidos ojos de los tripulantes contemplaban aquel incomparable espectáculo, por primera vez visto por unos ojos humanos sin necesidad de aparato óptico alguno. La «Marco Polo» era la astronave inaugural del primer viaje a los planetas exteriores y, terminada, su misión de reconocimiento, que no era otra, regresaba a la madre Tierra, con datos de grandísimo valor para todos los científicos.



Clark Carrados

La Nueva Era

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 104

ePub r1.0

LDS 27.10.18

Título original: La Nueva Era
Clark Carrados, 1958
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




LA
NUEVA
ERA

CAPÍTULO PRIMERO


rrancandose a la fuerza de atracción de Titán, el primer satélite de Saturno, la espacionave emprendió lentamente el camino de regreso a la Tierra.

El enorme disco del planeta, a un millón y cuarto de kilómetros, brillante como una colosal bola de suaves colores, refulgiendo a la luz del Sol del que todavía se hallaba a diez U. A…[1] ocultaba buena parte del horizonte celeste y su característico anillo se había convertido ahora en una delgada cuchilla de estrecho filo, apenas visible desde las lucernas del aparato.

A bordo de la «Marco Polo», los ávidos ojos de los tripulantes contemplaban aquel incomparable espectáculo, por primera vez visto por unos ojos humanos sin necesidad de aparato óptico alguno. La «Marco Polo» era la astronave inaugural del primer viaje a los planetas exteriores y, terminada, su misión de reconocimiento, que no era otra, regresaba a la madre Tierra, con datos de grandísimo valor para todos los científicos.

A pesar de que regresaban al planeta de partida, después de un periplo astronáutico que ya duraba dos años y que, por una circunstancia adversa iba a durar aún casi tres más. Unas desgraciadas maniobras en las correcciones de rumbo y aterrizaje de la «Marco Polo» en Titán habían sido la causa de que se perdiera cierta cantidad de combustible de reserva, y ahora, su capitán, de mutuo acuerdo con la dotación, había decidido utilizar, para el viaje de vuelta, una órbita económica de tipo Hohmann A, con el fin de reducir al mínimo el consumo de combustible. Fijados los datos de la órbita en la computadora de rumbos, ésta marcaría el momento exacto del «brenschluss» o cese de la combustión en los motores, y a partir de aquí, la navegación se haría por inercia hasta llegar al planeta.

Esto, naturalmente, implicaba una pérdida de tiempo de más de un año, cosa que, salvo la forzosa inacción que habría a bordo, no debía preocupar mayormente a sus ocupantes, puesto que, por fortuna y previsoramente, los víveres, tanto sólidos como líquidos y de oxígeno, daban un remanente de seis meses largos, sin privarse de nada. Reduciendo ligeramente las raciones, el asunto, en caso de nueva desgracia, podría estirarse otros seis meses más, con lo que desaparecía por completo un hipotético problema de supervivencia por falta de alimentos.

Pero el ambiente que reinaba en aquellos momentos a bordo de la «Marco polo», y que debiera ser de alegría por emprender el viaje de regreso a la Patria, no era sino de tristeza, aunque tal sentimiento fuera cosa momentánea.

Efectivamente, aquellos seres humanos eran los primeros que habían llegado tan cerca de Saturno, sin desembarcar en él, pues la tremenda fuerza de gravedad del planeta no hubiera permitido el posterior despegue con los reducidos medios de que disponían, a pesar de la perfección de la nave, sino que, como primer paso, ya calculado de antemano por otra parte, lo habían hecho en Titán, un satélite gigante apenas menor que Mercurio, cubierto perennemente de gases helados y en el cual, sin embargo, sobresalían agudos picachos de negras rocas por encima de los suelos eternamente blancos.

Tardarían mucho tiempo antes de que pudieran contemplar aquel maravilloso espectáculo tan de cerca, y muchos de ellos quizá

no volvieran a verlo, por lo que les resultaba particularmente duro apartar sus rostros de las lucernas. Las reproducciones cinematográficas, en estéreo y a todo color, por perfectas que fueran, no alcanzarían nunca la belleza de la visión natural, y por ello la docena de héroes que habían aceptado pasar fuera un tan largo espacio de tiempo se sentían unánimemente renuentes a dejar su punto de observación.

Poco a poco, la imagen del planeta se fue empequeñeciendo, La nave ganó velocidad y al fin los motores, habiendo alcanzado ya la velocidad y órbita requeridas, dejaron de funcionar. A partir de aquel momento, se necesitarían tres años GMT para llegar a la Tierra.

Durante los primeros meses, no ocurrió nada de particular. Los juegos y entretenimientos eran abundantes y el personal empezó, incluso, a engordar. El médico de la expedición, doctor Goelstrom, ordenó Una serie de disposiciones higiénicas que incluían determinados ejercicios físicos, tanto para conservar la forma y evitar el, así lo dijo él un poco pintorescamente, enmohecimiento de los músculos, como por distracción de la mente, demasiado ocupaba en aquel lugar en que la actividad puramente animal era harto reducida. La filmoteca proporcionó abundantes motivos de esparcimiento con sus películas apenas tocadas durante el atractivo y distraído viaje de ida, pero también fue un recurso que se agotó, incluso echando mano de los clásicos, como «Lo que el viento se llevó» y «La Strada». Luego vinieron los juegos de sociedad, del ajedrez, al póquer, usándose en éste, a falta de moneda, vales contra las opulentas pagas que les aguardaban en la Tierra.

Al final no quedó ya más que un tenso hastío, que empezó a provocar, pese a los esfuerzos del capitán Burnett y el doctor Goelstrom, crisis de nervios, resueltas en más de una ocasión por fuertes disputas concluidas incluso a golpes. Ni siquiera la contemplación del disco solar, mayor de diámetro a cada día transcurrido, indicador de su acercamiento al planeta materno, fue suficiente para relajar la tensión existente entre los miembros de la tripulación, pese a las reiteradas advertencias y aun prohibiciones de Burnett. Aquello amenazaba con estallar violentamente en cualquier momento, y la única dificultad estaba en prever cuál sería este momento, sabiéndose, con certeza, que se hallaba

terriblemente próximo. La mitad de la tripulación no dirigía la palabra a la otra mitad, y aun dentro de los dos bandos existentes a bordo de la «Marco Polo» había notables diferencias en su aglutinamiento que eran, en realidad, las que impedían la virulenta explosión que tanto se temía.

Pero, súbitamente, apenas rebasada la órbita del cinturón de asteroides, estalló algo con lo cual ninguno, de los ocupantes de la cosmonave había contado: una epidemia, cuyos efectos, si bien podían conocerse, sus orígenes, en cambio, resultaban absolutamente desconocidos, por lo cual el doctor Goelstrom se encontró en franca desventaja para luchar contra la maligna enfermedad.

Los síntomas de la epidemia no se diferenciaron mucho de cualquiera otra de las existentes en el planeta. Enrojecimiento de la epidermis, fiebre altísima y una terrible sequedad de las fauces y fosas nasales, junto con un debilitamiento y una astenia enormes, eran los síntomas más visibles de la enfermedad, que en vano el médico intentó atajar desde su principio.

A pesar de que Goelstrom utilizó todo cuanto tenía a su alcance, en la farmacia de la nave, como todo lo demás, abundantemente provista, sus esfuerzos resultaron vanos. Lo único que consiguió la enfermedad fue hacer desaparecer las peleas y discusiones, uniendo a todo el mundo en su lucha contra el común enemigo, tan potente y, sin embargo, tan diminuto, pero aquella lucha estaba perdida de antemano.

Uno tras otro, los fríos cadáveres de los muertos fueron siendo arrojados al espacio por las esclusas de acceso a la nave, hasta que sólo quedaron un cadáver y un tripulante, éste el especialista en transmisiones. Waldemar Corley.

Cuando Waldemar salió de la Tierra era un jovenzuelo casi imberbe de apenas veintidós años de edad. A la altura del cinturón de asteroides ya pasaba de los veintiséis, pero no era más que un espectro del arrogante astronauta que había subido, lleno de un justificado orgullo, a ocupar su puesto en la «Marco Polo».

Consumido por la fiebre, sintiendo terribles espasmos de frío a todo lo largo de su espalda, Waldemar reunió sus últimas fuerzas mentales y físicas para arrojar el cuerpo del astrónomo Stricher al vacío, después de lo cual, exhausto, con los pulmones a punto de

estallar, se dejó caer, recostándose contra el mamparo más próximo.

Rojas visiones de espectrales formas cabalgaron alucinantemente ante sus doloridas pupilas. Una intensa agonía se apoderó de todo su ser y el Universo pareció reventar en un colosal fogonazo, de deslumbrante blancura, antes de sumirse en un profundo sueño, de una inmovilidad y una quietud absolutas.

* * *

Durante un tiempo indefinido, la nave, conducida por su piloto automático, voló por el espacio sin el menor tropiezo, sin recibir la más pequeña respuesta a la llamada de socorro que, también de forma automática, había dejado establecida Waldemar cuando aún vivía, su último compañero. La «Marco Polo» viajaba con una tremenda velocidad, en tanto que en su interior reinaba un silencio de tumba, únicamente turbado, en forma intermitentemente regular, por los minúsculos ruiditos de los motores auxiliares que, pese a todo, seguían funcionando y manteniendo a bordo las condiciones mínimas necesarias para la vida. Salvo estos ligeros sonidos y algún que Otro espasmódico chirrido del contador de rayos cósmicos, cuya actividad, a medida que se acercaba al centro del sistema, iba en aumento, nada se oía allí, en la relativa vastedad de las cámaras, donde otrora se oyeran alegres charlas y animadas conversaciones.

* * *

Waldemar Corley abrió los ojos y durante unos momentos contempló estúpidamente el mamparo que tenía frente a sí. En aquel espacio de tiempo permaneció quieto, sin hacer el menor movimiento, respirando apenas lo justo para poder subsistir, presa su cerebro de un olvido total, producto indiscutible de una momentánea amnesia, causada por la enfermedad pasada.

Poco a poco, las brumas que envolvían su mente, fueron aclarándose hasta que, de modo brusco, el recuerdo de lo ocurrido apareció de nuevo ante él.

El joven se estremeció un momento y luego intentó levantarse.

Pese a que en el interior de la «Marco Polo» había un sexto de gravedad, provocado artificialmente para evitar los lógicos disturbios que sin duda acaecerían en un cuerpo humano sometido a la ausencia de peso durante un lustro, le fue imposible ponerse en pie. La fuerza que le había quedado no era suficiente para mover los doce o quince kilos que ahora pesaba, todo y contando con lo que inevitablemente había adelgazado durante el terrible período de su enfermedad.

Jamás sabría Waldemar los días que había permanecido inconsciente; esto era algo que, de momento, le tenía sin cuidado. Para él, lo más importante en aquel trance era saber que estaba vivo y que, a juzgar por los síntomas —la ausencia de todo dolor, la apirexia y la limpieza de la piel, que nuevamente había tornado a su blancura primitiva, entre otros—, había salvado la vida. Consideró aquello como un milagro y desde el fondo de su alma elevó una corta y sincera oración de gratitud a Dios por haberle preservado la existencia.

Con infinitos trabajos consiguió llegar al pañol de los víveres, en donde un vaso de agua, mezclado con unas gotas de *brandy*, le reanimaron lo suficiente para intentar calentar un par de latas de conserva. Por puro instinto, Waldemar se abstuvo de comer demasiado y, aun sintiendo gran apetito, concluyó la colación antes de tiempo con un par de tazas de café que terminaron por volverle un hombre completamente nuevo.

Después de esto, cayó en un profundo sueño, ya natural, sin sobresaltos ni desasosiegos, al despertar del cual empezó la convalecencia, franca y rápida. Era joven y robusto, no había padecido jamás la menor tara física y muy pronto los rastros de tan terrible enfermedad quedaron borrados totalmente de su cuerpo.

Pero no de su mente, pues le era imposible apartar de su cerebro las trágicas visiones de sus compañeros agonizando en medio de terribles sufrimientos, sin que nada consiguiera aliviárselos, seguros todos ellos de la muerte que les atacaba sañuda y traidoramente. Once veces se había abierto la esclusa para lanzar otros tantos cadáveres al espacio, con la vana esperanza de preservar del contagio a los que quedaban dentro, y aquellos momentos difícilmente se borrarían de la memoria del joven, por muy larga que fuera su existencia.

Una vez hubo normalizado la suya, ayudando a la convalecencia con adecuadas sesiones de sol artificial, empezó a disponer lo necesario para una vuelta al planeta que, aun estando todavía lejana, ya se aproximaba con bastante rapidez. El telescopio óptico de observación de a bordo le proporcionaba buenas imágenes del planeta y la emoción de Waldemar crecía a cada vez que contemplaba, notando majestuosamente en el negro universo, el plateado disco de la Tierra.

Técnico en comunicaciones, tal había sido su puesto oficial en la nave, era, sin embargo, experto en otras materias, como sus compañeros muertos. A pesar de que cada uno había ocupado su lugar en la «Marco Polo», debidamente diferenciado de antemano, todos, sin embargo, sabían hacer varias cosas a la perfección, cosa que por otra parte solía ocurrir en todos los viajes interplanetarios, para caso de una posible emergencia en la cual, al contrario de lo que ocurría en tierra firme, no se podían pedir sustitutos. Así, pues, Waldemar, en cuanto se sintió con fuerzas suficientes para ello, comprobó el perfecto rumbo de la nave, tras de lo cual encaró su proyector de microondas radiales hacia la Tierra.

Lanzó la llamada de socorro y aguardó. A la distancia que se hallaba, viajando las ondas hertzianas con la velocidad de la luz, o sea a 300 000 kilómetros por segundo, debía aguardar unos cuarenta y cinco minutos para recibir la respuesta. El tiempo se le hizo insoportablemente largo hasta que transcurrió dicho plazo, pero no recibió ninguna respuesta a su mensaje.

Waldemar se extrañó de ello y, después de dos o tres intentonas más que le llevaron varias horas de tiempo, hubo de arrugar el ceño al notar la absoluta falta de toda contestación. Pensando que acaso fuera la culpa de los aparatos y, puesto que tenía tiempo suficiente, empezó a repasarlos metódicamente, sin olvidar las antenas exteriores, cuya labor le llevó varios días de trabajo a buen ritmo.

Una semana más tarde, Waldemar estaba convencido de que, si sus llamadas eran emitidas, en cambio no eran recibidas o, aún en el caso optimista de que fueran recibidas, nadie las contestaba. ¿Por qué?

* * *

Tuvo la respuesta varios meses más tarde, cuando, ya a punto de alcanzar una de las bases orbitales desde las cuales habían sido lanzados hacia Saturno, contempló atónito la Tierra, a ojo desnudo.

En aquel momento, el sol iluminaba solamente la mitad del planeta. Desde veinte mil kilómetros de altura, Waldemar pudo ver perfectamente lo que había tanto en la zona de luz como en la de sombra.

En ésta se veían extensísimas áreas, que en modo alguno podían confundirse con los océanos, refulgir con una siniestra fosforescencia azulada, la cual, en los puntos que tocaba a la zona diurna, se transformaba en una mancha negra como el carbón, que alcanzaba gigantescas proporciones.

Con las pupilas dilatadas por el espanto, Waldemar permaneció un buen rato en la misma posición, hasta darse cuenta de que se estaba aproximando con demasiada rapidez a la Base Orbital. El largo cilindro metálico de más de un kilómetro de longitud, se agrandaba por momentos, y Waldemar redujo gases, equiparando las velocidades respectivas, hasta que los dos objetos flotantes en el espacio quedaron inmóviles aparentemente el uno junto al otro, volando en torno al planeta a una velocidad de varios miles de kilómetros a la hora.

Waldemar se puso un traje de vacío y, después de pasar a la esclusa, atravesó la corta distancia que le separaba de la otra, penetrando en el interior de la Base.

La conocía como la palma de la mano y, a pesar de su interminable longitud, la recorrió en un espacio de tiempo relativamente corto. Al terminar, notó que el sudor le empapaba el traje interior de pies a cabeza.

¡La Base Orbital estaba absolutamente desierta, sin el menor ser viviente a bordo!

No dando totalmente crédito a lo que veían sus ojos, volvió a recorrerla de nuevo, escudriñando ahora huecos que antes había desechado como imposibles para ocultar a un hombre. Pero su segunda investigación resultó tan infructuosa como la primera.

No había el menor signo de vida en aquel lugar. Tampoco se advertían señales, de que hubiera ocurrido algún motín o alguna

conflagración entre los cientos de personas que habitaban la Base. Por el contrario, salvo algunas literas, cuyas sábanas estaban arrojadas descuidadamente a un lado, todo lo demás aparecía en un perfecto orden, como si la estación del espacio aguardara solamente la llegada de los seres que iban a ponerla de nuevo en funcionamiento. Las máquinas automáticas continuaban su labor, renovando el aire, acaparando calor del sol que luego era transformado en energía, realizando sus estudios y mediciones que nadie leería luego, y así el total de la maquinaría dotada de mecanismo robot independiente. Pero ni un alma, ni el menor signo de vida consciente a bordo.

Cuando, al fin se hubo convencido Waldemar de ello, caminó hacia la esclusa, tambaleándose como un beodo, presa su alma de siniestros presentimientos de los cuales no acertaba a desprenderse por más intentos que realizaba. Le parecía estar viviendo un sueño del que en cualquier momento iba a despertarse, pero lo cierto era que tanto en la Base Orbital como en la «Marco Polo», él era el único ser humano que alentaba.

Pensó locamente en alguna guerra interplanetaria, algún ataque de misteriosos seres extrasolares que hubieran devastado el planeta, destruyendo la civilización humana hasta lo más hondo de sus raíces; pero ninguna de las respuestas que se dio a tales preguntas le satisfizo lo más mínimo.

Lo único aceptable era lo que iba a poner en práctica inmediatamente, sin perder un segundo: tomar una de las naves lanzadera y descender a la superficie del planeta a averiguar por sí mismo lo sucedido.

CAPÍTULO II


a penetración de la nave en la atmósfera fue señalada por un tenue susurro causado por el viento al frotar contra las triangulares alas de sustentación del aparato, cuyas puntas adquirieron bien pronto un intenso tono rojo cereza. Waldemar guió la navecilla en la forma prescrita casi más por el uso que por el reglamento, esto es, en la misma forma en que una piedra plana, lanzada con escaso ángulo de incidencia sobre la superficie de un tranquilo río, rebota varias veces antes de hundirse, y el aparato efectuó sobre las capas superiores de la atmósfera saltos de, a veces, más de mil kilómetros de longitud, con lo cual perdió velocidad, hasta hundirse más y más en la capa gaseosa que envuelve a nuestro mundo.

El resto fue sencillo: volar en un planeo de marcha cada vez retardada al mismo tiempo que perdía altura. Pasó por encima de mares y continentes, tranqueando la línea de separación entre la luz y la sombra un par de veces, y advirtiendo siempre aquellas

extensísimas zonas quemadas, negruzcas durante el día y fosforescentes durante la noche, las cuales ocupaban la mayor parte de la superficie del planeta. La visión de las mismas, hecha cada vez a menor altura, convenció a Waldemar de la irremediabilidad de la catástrofe que se había abatido sobre la Tierra, y el joven empezó a pensar si valía la pena aterrizar sobre lo que, sin duda era un desierto erial, sin el menor síntoma de vida, a juzgar por las pruebas.

La nave redujo marcha hasta que, al fin, Waldemar divisó una relativamente extensa área que no parecía haber sufrido los efectos de aquel cataclismo. Aquella zona se hallaba en la parte occidental del Mediterráneo, y abarcaba un buen espacio de terreno a ambos lados de los Pirineos.

Sobrevoló el lugar hasta hallar una pista de aterrizaje. Vio un aeródromo comercial y hacia él encaminó su aparato, desistiendo de utilizar la radio a causa de su nulidad, y perdiendo velocidad hasta que llegó el momento de sacar el tren de aterrizaje.

Para tomar tierra utilizó los chorros de freno inversos, disparando al mismo tiempo el mecanismo liberador de los paracaídas de cola, dado que aquel aeródromo no era para cohetes lanzadera, y así pudo detener la nave justo al mismo borde de la pista. Abrió la cúpula de la carlinga y dejó que el aire penetrase libremente en sus pulmones.

Lo aspiró con indudable delicia, después de haber respirado durante cinco largos años un aire producido por las máquinas, insípido a causa de su lógica asepsia, y a su pituitaria llegaron los aromados efluvios de la cercana zona cubierta de verde y brillante vegetación, cuyos colores eran un grato regalo a la vista.

Después, poniéndose en pie, no sin esfuerzo, pues tenía que reacostumbrar sus músculos a una gravedad normal, oteó el panorama.

Se hallaba en un aeródromo comercial de tipo medio, con dos pistas de aterrizaje en aspa, más las adyacentes para el carreteo de los aviones de los que ahora no se veía el menor rastro. Los edificios se hallaban en buen estado, pero daban una infinita sensación de abandono y soledad que no pudo por menos de impresionar desfavorablemente el corazón del joven. El único, y relativo, signo de vida que pudo apercibir, fueron las leves oscilaciones de la

manga indicadora de la dirección del viento, agitadas por intermitentes soplos de brisa que traía la dirección del no lejano mar.

Permaneció en pie unos instantes, meditando acerca de su futura línea de conducta. Diciéndose que había que adoptar una resolución, empezó a preparar todo para el descenso.

Pero, cuando ya tenía un pie en la escala de gato automática que había hecho salir al exterior, una súbita idea acudió a su mente. Estaba en un lugar completamente desierto, mas no sabía sí, de repente, podía surgir algún ser viviente, fuera de la raza que fuera. Ni tampoco sabía si éste sería hostil o amigo, por lo que, regresando de nuevo al interior de la carlinga tomo un rifle y un par de cajas de cartuchos que guardó en los bolsillos de su campera. Cargó el depósito del arma y después saltó al suelo.

Se colgó el rifle al cuello y en aquel momento un terrible choque resonó, a escasos centímetros de su cabeza, con metálico gañido. La bala impactó en alguna de las superficies del cohete y se perdió, aullando con estremecedores tonos.

La detonación le llegó apenas medio segundo más tarde. Fue un estallido seco, que hizo crujir como un latigazo la clara atmósfera de la mañana. Inmediatamente, Waldemar se tiró al suelo, buscando la protección de una de las enormes ruedas dobles del tren de aterrizaje.

El segundo disparo enemigo se hundió blandamente en uno de los neumáticos. La detonación resonó ahora algo más cerca y, mientras mascullaba algunas palabras poco favorables contra su enemigo invisible, Waldemar movió la palanca de carga, enviando un cartucho a la recámara.

Hecho esto, se atrevió a asomar ligeramente1 la cabeza, al mismo tiempo que, colocándose una de las manos al lado de la boca, gritaba:

—¡Eh! ¡Que soy amigo!
¡A-M-I-G-O!

Lo repitió en francés y en español, pero todavía estaba gritando, cuando un tercer trozo de plomo se hundió en el concreto de la pista, a poca distancia de su cara, arrancando lascas que volaban aullando rabiosamente en todas direcciones.

—Este tipo quiere mi cabellera a toda costa —masculló el joven,

volviendo a esconderse de nuevo, cuando un nuevo disparo removió la atmósfera perceptiblemente a un centímetro de sus narices. Luego soltó una amarga carcajada—: ¡Vaya un recibimiento! Y yo que me imaginaba llegando aquí en medio de bellas muchachas que me ofrecieran ramos de flores, con estruendo de cohetes y bandas de música… el único ruido que oigo son los tiros de ese sinvergüenza.

Con infinitas precauciones, volvió a asomar la cara, pero ahora ya detrás del cañón del rifle. Aguardó unos momentos expectante.

Da pronto vio, a menos de cien metros, surgir una silueta que corría desesperadamente en busca de una nueva y más favorable posición de tiro. El individuo llevaba en la mano un rifle y era evidente que no había cesado en sus intenciones de matarlo, sin que Waldemar pudiese adivinarlas causas de su enemistad contra él.

El joven tomó puntería con toda calma, siguiendo con el cañón del rifle todos los movimientos de su enemigo. Cuando estuvo seguro de que no podía fallar, pese a su desentrenamiento, apretó el gatillo.

La culata del arma le golpeó el hombro con fuerza, pero Waldemar no se percató de ello. Una dura sonrisa apareció en su rostro al ver que su enemigo caía, perdiendo el rifle que resbaló por el suelo a varios metros de distancia.

En el acto, Waldemar se puso en pie, corriendo cuanto pudo al encuentro del caído, en tanto recargaba de nuevo el rifle. Vio al caído arrastrarse con pugnacidad, tratando de recuperar su arma, pero el pie de Waldemar fue más rápido, y en el último instante, dejó el fusil del hombre herido de un fuerte puntapié.

Acto seguido se volvió hacia éste, apuntándole a la cabeza con el suyo.

Pero apenas había hecho tal gesto, cuando estuvo a punto de caerse de espaldas.

La persona herida no era un hombre, sino una mujer.

Y joven y muy bonita, pese a que el dolor del balazo recibido distorsionara un tanto sus facciones. Waldemar se dijo que no podía tener más de veinte años, y aún parecía más joven, debido a que tenía cortados los cabellos de una forma muy corta, casi varonil.

—¡Ahora… sólo tiene que concluir su obra! —dijo, en francés, idioma que Waldemar, por su profesión, entendía a la perfección. Se

mordió los rojos labios y luego dijo—: ¿A qué espera? ¡Máteme de una vez, hombre!

Waldemar meneó la cabeza y se arrodilló junto a ella.

—Yo no mato a mis semejantes por simple placer, señorita; lo único que hice fue defenderme y eso porque usted no atendió a mis protestas de amistad.

—Nadie es amigo de nadie ahora, en estos tiempos. Cada uno es su propio amigo y enemigo a muerte de todos los demás —contestó ella rabiosa.

Waldemar contuvo un respingo.

—*Diable* —exclamó—. Señorita, eso que usted dice es muy fuerte.

—Es la pura verdad. No me gusta morir tan joven; pero, si usted me mata, estará en su pleno derecho y no podré quejarme. Es lo que haría yo en caso contrario, ¿*comprenez, monsieur*?

—Sí, lo comprendo —contestó el joven, ceñudo—. Sin embargo, yo disiento de su forma de pensar, y lo único que haré ahora, en lugar de lo que está esperando, es curarle su herida.

—¡No! ¡Máteme o márchese, pero no me toque!

—¡No sea estúpida! —Gruñó Waldemar impacientándose—. Por su cara veo que usted no es más que una niña mal educada y que está necesitando una buena azotaina. Vamos a ver, ¿dónde está herida?

Los ojos de la chica parecieron dulcificarse. Pero la expresión de recelo no desaparecía totalmente de su lindo rostro.

—¿Va… va a curarme, señor? —dijo, incrédula.

Waldemar se echó a reír.

—¿Pues qué, si no? Ya le dije que si disparé contra usted fue únicamente por defenderme, ignorando que se trataba de una joven y linda señorita. De lo contrario…

—Hizo bien —dijo ella—; de lo contrario, los papeles se hubieran trocado y puede estar seguro de que yo no le hubiera dejado con vida.

—Bueno, bueno —sonrió él con bonachonería—; dejemos esos pensamientos ucrónicos y atendamos a la herida.

Pese a todo, Waldemar no se quiso fiar de la joven y dejó el rifle en un lugar donde ella no pudiera alcanzarlo. Después, arrodillado, tomó la pierna izquierda, donde se veía un hilo de sangre correr a

través del orificio abierto por su proyectil en la pierna de la muchacha. Los pantalones oscuros que ésta vestía y el cabello corto habían sido las causas de la lógica confusión del joven.

—¿Qué quiere Usted decir con pensamientos ucrónicos, señor? —preguntó la muchacha.

—La Ucronía es la ciencia de «lo que pudo haber sido y no fue»; de modo que es inútil pensar en lo que usted podía haberme hecho si me hubiera alcanzado con sus disparos. Ahora —y rasgó de un fuerte tirón la pernera, haciéndola estremecerse—, lo que interesa es su curación.

—Es usted la primera persona que hace eso en lugar de intentar matarme, señor… No me ha dicho usted cómo se llama.

—Llámeme Waldemar; Waldemar Corley es mi nombre, señorita.

—El mío es Janine Rompteau, Waldemar.

—Encantado, Janine. Muy bien —dijo él, tomando un trozo de tela del pantalón y enrollándolo alrededor de la pierna herida—. Afortunadamente, ha sido un simple sedal que en dos semanas estará listo. Sosténgalo así; yo voy al cohete, donde tengo vendas y elementos de cura.

Janine asintió con un leve parpadeo, quedando sentada en el suelo, en tanto que Waldemar, por pura precaución, y tras una mirada llena de sorna, tomaba las armas, alejándolas de la muchacha. Se encaminó hacia el avión, de donde volvió a los pocos minutos con un paquete en la mano.

La herida quedó desinfectada y vendada en un corto espacio de tiempo. Cuando hubo terminado, Waldemar enseñó algo a la joven.

—Aquí tiene usted con qué sustituir ese pantalón, señorita. Acaso éstos le estén un poco grandes, pero una mujer como usted no debe apurarse por tales minucias. Y ahora, cuénteme: ¿por qué quiso matarme?

—Tenía hambre —dijo ella con sencilla expresión.

Los ojos de Waldemar se dilataron a causa del asombro. Repitió:

—¿«Hambre»?

Janine movió afirmativamente la cabeza.

—Sí: hambre. Llevo ya dos días sin comer y…

—¡Cielos! ¿Qué ha ocurrido aquí para que, en un lugar tan civilizado como el que nos hallamos, densamente poblado además, una mujer pueda estarse dos días sin probar bocado?

Un rictus de amargura apareció en los labios de, Janine al sonreír.

—¿Civilización? ¿Lugares poblados dice usted, Waldemar? Ésas son ya palabras completamente arcaicas, desprovistas de todo sentido. La civilización ya no existe y la población humana, si no ha desaparecido totalmente, le falta muy poco.

Waldemar sintió que se le erizaban los cabellos.

—¡No es posible! —balbuceó.

De repente se acordó de que la muchacha tenía hambre y se puso en pie.

—No se mueva de aquí —dijo innecesariamente—. Voy a ver lo que encuentro en el cohete.

Momentos más tarde, Janine devoraba el sustancioso contenido de un par de latas de conserva, calentadas en un infiernillo de alcohol sólido, en el que después Waldemar preparó unas tazas de café. Al terminar, sacó cigarrillos y encendió dos, uno de los cuales pasó a la muchacha, que lo aceptó verdaderamente complacida.

Un suave color carmín apareció en las mejillas de Janine, que había perdido ya su primitiva palidez. La comida y el café la habían reanimado notablemente, y aspiró el humo con verdadero gozo.

—Me siento una mujer nueva —dijo, suspirando satisfecha—. Hacía ya mucho tiempo que no comía de tal manera, Waldemar. Si circulara el dinero, le habrían pagado por lo que usted me dio su peso en oro. No el de los víveres —se apresuró Janine a explicar—, sino el de su propio cuerpo, Waldemar.

El joven frunció el ceño, en tanto que, rodeando las rodillas con los brazos, miraba pensativamente a la muchacha.

—Pero bueno, ¿quiere usted explicarme de una vez lo que ha ocurrido, Janine?

Ésta le miró muy sorprendida.

—¿Es que no lo sabe usted, Waldemar? —inquirió.

—¡Cómo voy a saberlo, si hace cinco años largos que falto de la Tierra!

—Entonces… ¿dónde ha estado usted? —exclamó ella, muy asombrada.

—Formaba parte de la expedición astronómica de la «Marco Polo» a Saturno, Janine. El viaje duró cinco largos años, ¿sabe?, y hace cerca de uno que intenté en vano entablar contacto con alguna

estación de radio del planeta, sin el menor resultado.

Janine pareció detenerse un punto a meditar.

—Cinco años —repitió con los ojos bajos—. Ahora recuerdo… Yo acababa de cumplir los catorce… pero a esta edad, las muchachas, por regla general, no nos solemos ocupar mucho de la astronáutica.

—Ya —sonrió Waldemar—. Los estudios y el primer «flirt», ¿eh?

Janine se sonrojó levemente.

—Posiblemente. ¡Y dice que estuvo cinco años fuera del planeta!

—Así es, muchacha.

—¿Y sus compañeros? ¿Acaso están en el cohete? ¿O le aguardan allá arriba, en alguna Base Orbital, habiéndole enviado como explorador destacado?

El rostro de Waldemar se ensombreció repentinamente.

—No —dijo—; nadie me aguarda allá arriba. La «Marco Polo» y la Base Orbital están desiertas, sin nadie a bordo. No hay el menor rastro de vida humana en ellas.

Janine le miró, estupefacta y horrorizada al mismo tiempo.

—Waldemar, ¿quiere decir eso… que murieron todos… sus compañeros?

—Sí —murmuró el joven sordamente.

—¿Eran… muchos?

—Doce. Ayudé a tirar a once por la esclusa al vacío… Oh, fue horrible… Uno tras otro, agonizando sin poder evitar la muerte… Yo también me vi morir… Todavía no sé en virtud de qué milagro estoy vivo, Janine…

—¡Qué horror, Waldemar! Y ¿qué les pasó? ¿Qué ocurrió para que todos menos usted murieran?

El joven sacudió la cabeza.

—Todavía no lo sé… y dudo mucho de que acabe por saberlo algún día. Cuando cayeron los primeros atacados por la enfermedad, el doctor Goelstrom, médico de a bordo, intentó todo lo posible por salvarlos, recurriendo a métodos incluso heroicos. Fue una epidemia de nueva especie, absolutamente desconocida para nosotros, y ante la cual los remedios de la ciencia resaltaron absolutamente impotentes. Goelstrom murió sin saber de qué se trataba.

—¿Y usted se salvó? ¿Cómo?

—No lo sé. Después de arrojar al último por la compuerta, me sentí desfallecer y perdí el sentido. Creí que era la muerte, pero desperté algún tiempo, no sé cuánto, más tarde, terriblemente débil y exhausto. La convalecencia me duró bastante, pero el viaje era largo y llegué a la Tierra en normal estado de salud. Nunca sabré por qué hube de ser yo el único superviviente de aquella terrible epidemia. La constitución física, mi salud acaso, vaya a saber, Janine; es algo que no espero adivinar nunca.

Cuando Waldemar hubo terminado de hablar, un breve silencio reinó entre los dos jóvenes. Después aquél dijo:

—Aquí no podemos seguir, Janine. Su herida tardará en curarse unos quince días al menos y es preciso buscar un alojamiento. ¿Queda algún techo en los edificios del aeródromo?

Ella sonrió.

—Todavía sí, Waldemar. Prácticamente estaría nuevo, a no ser porque lleva un año completamente deshabitado, y ya sabe usted que un edificio que no se habita se desmorona y se arruina mucho antes que otro habitado, en el cual sus moradores, lógicamente, se preocupan de conservarlo. Salvo estos daños naturales, los edificios no han sufrido absolutamente nada.

—Bien, pues —dijo el joven, tomándola en brazos—; usted me guiará hasta encontrar un acomodo. Después regresaré al cohete, trayendo cuantas armas y provisiones hay… y cuando esté curada, discutiremos sobre el problema de nuestra supervivencia.

Janine asintió con la mirada, sonriéndole de modo encantador. Waldemar notó que el pecho se le ensanchaba y, al tiempo de echar a andar, dijo:

—Y bien, ¿puede saberse qué, es lo que ha pasado en este cochino mundo, Janine?

CAPÍTULO III



uando el sol empezaba ya a acercarse al horizonte, Waldemar terminó de hacer el último viaje al cohete, cargado con cuanto de útil y transportable quedaba en él. Depositó el paquete de ropas y provisiones en el suelo, y luego miró a la muchacha, cómodamente recostada en un muelle diván de lo que antaño fueran oficinas de recepción del aeródromo. Algunos cristales se habían roto y todos los objetos útiles y susceptibles de ser transportados a mano habían desaparecido, pero, en general, el edificio, como alojamiento provisorio, podía servir en tanto no hallasen otro acomodo mejor, cosa que no podía suceder en tanto Janine no hubiera curado de su herida en la pierna.

Waldemar trató de esbozar una sonrisa.

—Bueno —dijo, tratando de superar la crisis de abatimiento que se había apoderado de su espíritu al conocer las tristes noticias que le contara la joven—; ya está aquí todo. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor —declaró ella—. Salvo un pequeño dolorcillo en

la pierna, todo va bien.

—Lo siento —declaró Waldemar—, pero quiere que comprenda…

Janine agitó una mano.

—¡Bah! No se preocupe. Es lo menos que me merezco. Recuerde que estuve a punto de liquidarle a usted, Waldemar. Y, si lo hubiera conseguido, ahora estaría bailando una danza triunfal sobre su cadáver.

—¿Sobre cuántos lo ha hecho, Janine? —preguntó él de pronto.

El rostro de la chica se ensombreció repentinamente.

—¿Es absolutamente necesario que conteste a la pregunta, Wald? —dijo Janine, apocopando el nombre.

—No, si no lo desea. En realidad, se me escapó la pregunta. Lo lamento.

—Es lo mismo, Wald. Fueron dos.

Durante unos instantes, los dos jóvenes callaron. De pronto, Janine dijo:

—Lo tuve que hacer para defender mi propia vida, Wald, créame.

—En la forma que usted se portó conmigo al verme, debo creerla, por supuesto. Pero ¿en qué mundo estamos, Janine? ¿A dónde hemos ido a parar?

—A un lugar donde la propia supervivencia es lo más importante. Se mata por vivir, y una de las formas de vivir es adquirir los bienes que otro posee, al precio que sea.

—Cómo en mi caso —murmuró Waldemar, sin dejar de clasificar las cosas.

—Como en su caso —repitió ella fríamente. Después añadió—: Compréndalo, Wald; usted llegaba, y nunca mejor aplicada la frase, del cielo. Yo llevaba dos días sin comer, estaba loca, desesperada; hacía casi un año que no veía un aeroplano… y suponía razonablemente que allí debía haber algo de comida, la cual usted me negaría por todos los medios, incluso el de suprimirme. Para lo cual, el mejor método era anticiparme yo… y así lo hice. Ahora me alegro —agregó, tras breve interrupción—, de no haberle acertado.

—Más me alegro yo —rió él—. Bueno, todo esto está listo ya, muchacha. Ahora sólo nos queda disponernos a pasar la noche lo mejor que podamos. La cena…

—Lo que tenga que hacer, hágalo ahora, Wald.

—¿Por qué? —inquirió él extrañado.

—Tendrá que encender el infiernillo para calentar las latas y el agua del café. Esto, inevitablemente, hará algo de luz… y en el bosque cercano, con toda seguridad, habrá unos ojos que nos estén espiando, aguardando el instante más propicio para atacarnos y así apoderarse de todos esos víveres, que en el momento actual no tienen precio.

Waldemar no pudo contener un estremecimiento al oír las palabras de la muchacha.

—¿Lo cree usted así, Janine?

—Un año de dura experiencia me da derecho para hablar en la forma que lo he hecho, Waldemar —contestó la muchacha—. Y no avisarán sino que dispararán contra nosotros o simplemente, aprovechando las tinieblas, saltarán y nos degollarán como pollitos.

—¡Caray! Vaya un panorama que me pinta, Janine.

—¿De qué serviría ocultarle la verdad, Wald? Usted ha permanecido cinco años fuera de la Tierra e ignora rotundamente todo lo ocurrido en el planeta… bueno, sabe lo que yo le he contado, que no es poco. Pero de las costumbres actuales, no sabe…

—Me ha bastado verla actuar a usted para darme cuenta de cómo está la vida por estos andurriales, muchacha —dijo él, animando una lata al fuego. Encendió un cigarrillo y agregó pensativamente—: Parece mentira que el hombre haya podido caer tan bajo. Un año, un año tan sólo, ha sido suficiente para borrar el esfuerzo de milenios.

Janine soltó una amarga carcajada.

—¿Un año? ¿Qué optimista es usted, Wald? Al mes del cataclismo, ya se habían vuelto a una Edad de Piedra, diferenciada de la legítima en que, en lugar de usar hondas y hachas de sílex, se utilizan fusiles y cuchillos de bien templado acero. Por lo demás, todo es lo mismo que en aquella época: sólo tiene validez la ley del más fuerte.

—O sea, que estamos en una especie de jungla del siglo XXI.

—Exactamente, Wald. Una selva en la cual aún se ven edificios de cemento, pero con continentes radiactivados mortíferamente, y en los cuales es imposible toda vida animal, lo mismo racional que irracional. Y en las áreas no contaminadas, el salvajismo ha brotado

con más fuerza que hace un centenar de siglos, con la añadidura que el salvaje de hoy es mucho más refinado en su barbarie, si vale la paradoja, porque tiene unos conocimientos de los que el hombre prediluviano carecía en absoluto.

—Esto es lo que un filósofo llamaría la civilización del salvajismo, Janine.

La muchacha sonrió.

—Ni más ni menos, Wald. Antaño el hombre de la Edad de Piedra mataba a sus enemigos con una de éstas atada con fibras vegetales al extremo de una rama recta. Hoy… utiliza fusiles automáticos y cuchillos de acero; pero no se extrañe si un día le tiran con arcos y flechas.

—¿También… arcos y flechas?

—Sí. El que no tiene un fusil, se fabrica un arco y sus correspondientes flechas de la misma forma en que lo hicieron nuestros antepasados, hasta que sorprende a un desgraciado imprevisor y lo mata. Entonces, tira el arco y las flechas y consigue el rifle.

—Muy bonito —masculló Waldemar, retirando una de las latas y poniendo el agua del café a calentar—. Y ¿se puede saber cómo empezó la cosa?

Janine se encogió de hombros.

—De repente empezó a llover fuego del cielo. Esto es una imagen, claro está, pero no por ello menos cierta. Harto sabe usted que las bombas nucleares se hacen estallar a una distancia situada entre quinientos y mil metros de altura para así extender más sus mortíferos efectos. Por lo tanto, en verdad que parecía llover fuego del cielo.

—¿Lo vio usted?

—¿Yo? ¿Estaría aquí con usted si tal cosa hubiese sucedido? No, Wald; sólo vi, en la distancia, los incendios provocados por las explosiones que enrojecían el cielo aun siendo de día claro. Y, naturalmente, oí las detonaciones. Con aquello tuve más que suficiente.

—¿Y cómo logró escapar?

Una sombra pasó entonces por el rostro de la muchacha.

—Huimos de la ciudad en que vivíamos, temiendo un ataque por sorpresa. Las carreteras se atestaron de carruajes de todas ciases,

repletos de gente que trataba de evadirse al destino. En muchos lugares, una bomba redujo a la nada, de un solo golpe, a cientos de miles de personas que trataban de hallar la salvación en la huida. Muchas otras murieron a manos de quienes eran más fuertes o tenían mejores armas. En fin… que el instinto de salvación se impuso y esa débil capa de civilización que nos envolvía, saltó en mil pedazos ante el ansia de vivir. Yo misma vi morir a mis padres y a dos hermanos menores que yo, acribillados a tiros por unas fieras que nos robaron las pocas pertenencias que aún conservábamos… ¡Oh, qué horrible, qué horrible, Wald!

Sin poderse contener, la muchacha ocultó el rostro entre las manos y rompió en sollozos, Waldemar, entonces, se sentó a su lado y le rodeó protectoramente los hombros con los brazos, hasta que el llanto de la chica empezó a calmarse.

Janine abrió los ojos todavía llenos de lágrimas y miró al joven con compungida expresión.

—Excúseme, Wald; pero no he podido contenerme y…

—Es usted la que debe disculparme, Janine. No debí hacerle nunca esa pregunta.

—Oh, sí, ¿por qué no? Después de tanto tiempo fuera de la Tierra, usted tiene derecho a saberlo todo. ¿Qué más quiere saber?

Waldemar meneó la cabeza.

—¿No se sabe quién fue el primero?

Janine alzó los hombros.

—Se decían tantas cosas… antes de que los escasos grupos que consiguieron sobrevivir se disociaran totalmente… En concreto no se sabe nada, e incluso se llegó a creer en seres de otro mundo que nos hubieran barrido antes de tener tiempo de defendernos.

—¡Qué barbaridad! ¿Seres extraterrestres? —se extrañó el joven —. ¡Eso es imposible!

—¿Por qué? ¿Qué razón hay para dudar de esa hipótesis… como de otra cualquiera, Wald?

Éste meditó un momento, y al fin dijo:

—Mire usted, Janine. Nosotros, es decir, nuestro Sistema Solar, se halla englobado en una galaxia, la Vía Láctea, que mide alrededor de 130 mil años luz en su eje más largo, por unos 30 mil de grueso, y en la cual se calcula hay, por lo menos, cien mil millones de estrellas. Es de suponer que muchísimas de estas

estrellas, cientos de millones, tengan sus correspondientes sistemas planetarios, como nuestro sol tiene el suyo. En estos sistemas es también lógico que haya seres, con apariencia o no humana, de mayor o menor civilización que la nuestra, los cuales también es muy posible que, algunos de ellos, hayan descubierto el secreto no sólo de los viajes interplanetarios, como los terrestres, sino de los interestelares. Pero si tenemos en cuenta que nuestro sistema dentro de la Vía Láctea es menos que un grano de arena en la península de Arabia comparado con su país, Janine, convendremos en que, aun cayendo dentro de lo posible, la hipótesis de un ataque extrasolar, debe descartarse. ¿Cómo se concibe que esos seres recorrieran distancias tan enormes sólo por el placer de destruir la vida en esta infinitesimal mota de polvo que es la Tierra? No, Janine; eso sólo ocurre en las novelas y…

—Posiblemente tenga usted razón, Wald; pero ¿y los platillos volantes?

—¡Tonterías! —bufó el joven desdeñoso.

—Acaso —insistió Janine—, esos seres vieron que habíamos dado, con la navegación interplanetaria, el primer paso para la interestelar, y quisieron impedirlo destruyéndonos.

—¡Tonterías también! Unos seres como los que usted dice han de ser civilizados a la fuerza, más aún que nosotros, y cuando se alcanza ese grado de civilización, no se combate; lo primero que se hace es intentar entablar relaciones amistosas.

—Esto no ocurre aquí ahora, Wald.

—Nuestro caso es muy distinto —arguyó el joven—. Según las reglas que rigen ahora nuestra sociedad, todo semejante es nuestro enemigo. Pero ello no indica que, forzosamente, nosotros hubiéramos de serlo para los de otros planetas. ¿Qué signos de hostilidad les habíamos dado?

En tanto que aguardaba la respuesta de la chica, Waldemar volvió junto al fuego, preparando el café. Le acercó luego los víveres y la miró a los claros ojos.

—Tiene usted razón —terminó ella por asentir—. Indudablemente, el ataque partió de alguna gran potencia, y luego se generalizó por toda la superficie de la Tierra, exterminando a la mayor parte de la población humana.

—Quién fuera ese loco, o conjunto de locos, mejor dicho, es cosa

que por ahora no debe preocuparnos mucho, Janine.

—Eso mismo he pensado yo —murmuró ella, comiendo con buen apetito.

Durante unos momentos, los dos con la boca muy ocupada, no hablaron. Sólo fue al terminar cuando, con un cigarrillo encendido ya con las últimas luces del crepúsculo, Waldemar dijo:

—Dentro de unos días, cuando Usted se encuentre mejor, la dejaré sola por unas horas, acaso cuarenta y ocho, Janine.

Los ojos de la muchacha expresaron inmediatamente el temor que le habían causado las palabras de su acompañante. Palideció ligeramente, pero, recobrándose, inquirió:

—¿Por qué, Wald?

—Debo regresar a la «Marco Polo», Janine. Según me ha contado usted, la vida aquí es muy dura y, en tanto nos organizamos, hemos de contar con todos cuantos medios estén a nuestro alcance y que sirvan para ayudarnos y evitar trabajos innecesarios. Allá arriba hay infinidad de cosas que pueden sernos útiles y que se están desaprovechando en vano.

—Entiendo —dijo ella—. ¿Y cuándo piensa subir a la órbita?

Waldemar expulsó una bocanada de humo antes de dar su respuesta.

—Ya le dije que cuando usted se halle en las condiciones mínimas para poder sostenerse por sí misma durante un par de días. Los víveres que he traído son los que había a bordo del cohete lanzadera, para un caso de emergencia, pero no llegarán a quince días, y debemos reponerlos antes de que podamos estar en condiciones de utilizar los recursos naturales.

—Si se refiere a la caza, lo veo muy difícil, Wald.

El joven la miró inquisitivamente.

¿Qué es lo que quiere decir, Janine?

—En primer lugar, las municiones para los rifles van muy escasas, como fácilmente puede suponerse.

Y después nadie se arriesga a disparar un tiro sin motivo muy justificado, para no llamar la atención. En estos lugares donde hay un silencio como jamás lo hubo, las detonaciones se oyen desde muy lejos.

—No había caído en ello, Janine —murmuró Waldemar.

—Ayer mismo perdí un cartucho disparando a un conejo, que

pasó a menos de diez metros de mí. —Se dolió la chica—. Estaba hambrienta, nerviosa, y esto me hizo fallar el tiro. ¡Si viera cuánto lo sentí!

—Me lo supongo —sonrió él. Terminó el cigarrillo y lo arrojó al suelo. Se puso en pie—: Bien, es hora de que hagamos como las gallinas. A propósito, ¿existen todavía esos sabrosos volátiles?

Janine sonrió.

—Hace un mes… no, cinco semanas, «existió» uno. Estaba riquísima, y sólo me faltó comerme las plumas.

—Pero se chuparía los dedos, ¿no?

—La duda ofende, Wald —rió la muchacha, extrañadamente alegre.

Después de tanto tiempo de privaciones, de haber vivido en un ambiente perennemente hostil, sabiendo que su vida pendía solamente de la agudeza de sus sentidos y de la rapidez con que advirtiera a sus posibles enemigos, la relajación de su mente y sus músculos, pese a la herida, era algo casi completamente nuevo para ella. Tener al lado un compañero que la protegiera de posibles acechanzas, fue para Janine el mejor sedante que hubiera podido desear, y así, después de unas cabezadas, pocas, acabó por cerrar los ojos.

Wald contempló el delicado perfil de la muchacha a la débil luz del creciente lunar, apenas una rodaja de melón en el estrellado cielo, y percibió claramente el tranquilo ritmo de su respiración. Con infinita suavidad, procurando no despertarla, tomó una manta, cubriéndola con ella. Janine se movió, murmurando, algo ininteligible, y luego tornó a su sueño plácido y tranquilo.

Por su parte, Wald hizo lo propio en un diván próximo, no sin haberse, dejado el rifle, cargado y a punto de disparar, al alcance de la mano. Con grandes precauciones, para no ser visto, encendió un cigarrillo y fumó despaciosamente, tratando de hacer lo mismo que la muchacha.

Los párpados comenzaron a cerrársele, antes de terminar el cigarrillo. Su mente, sin embargo, seguía trabajando, y como en una proyección cinematográfica, desfilaron ante sus ojos las imágenes de todo lo que le había sucedido durante los últimos cinco años.

Había partido de la Tierra siendo un muchachuelo y ahora era ya todo un hombre hecho y derecho. Esto era algo lógico y natural.

Lo que, sin embargo, no era natural ni lógico era que, habiendo dejado tras sí un mundo densamente poblado, habitado por unos seres dotados de una altísima civilización, lo encontrara ahora convertido en un desierto, y con las pocas personas que habían sobrevivido convertidas en unos perfectos salvajes, sin otra ley ni razón que la del más fuerte y la propia supervivencia.

El cigarrillo se le deslizó de las manos al suelo, sin darse cuenta. Se durmió profundamente, y sin saber cómo ni cuándo, se halló a bordo de una nave, volando sobre el azul del cielo a caballo del brioso rugido de los chorros.

Durante unos momentos, Waldemar voló sobre la superficie del planeta, conduciendo hábilmente su avión. Le pareció poca la altura y largó todo el gas para ganar elevación, con lo que el bramido del motor aumentó también. El ruido subió y subió hasta hacerse insoportable, y fue tal su intensidad que consiguió despertarle.

Con el codo apoyado sobre el diván, Waldemar sacudió la cabeza, tratando de alejar de sí toda imagen de aquella pesadilla. Se recostó luego y cerró los ojos, pero, apenas lo había hecho, todo su cuerpo se envaró, tornándose rígido como el de una estatua.

¡El ruido de los chorros del avión no era imaginario, sino absolutamente real!

El joven echó a un lado la manta con la cual se había cubierto. Corrió como un loco hacia la ventana más próxima, y sus pupilas, acostumbradas a las tinieblas, no tardaron en divisar el rojo haz de llamas que brotaba de las toberas de impulsión de su nave.

—¡Se nos llevan el avión! —gritó, sin poderse contener, despertando con el alarido a Janine, tremendamente asustada.

CAPÍTULO IV


l oír las voces de Waldemar, Janine se despertó bruscamente sobresaltada. Se levantó del lecho y trató de correr hacia el joven, pero en aquel momento la pierna le falló y sin poderlo evitar cayó al suelo, lanzando un gemido de dolor.

Waldemar se apercibió al instante de lo que se trataba y masculló un enérgico reniego.

—¡Los muy puercos! ¡Quieren llevarse el cohete sin…! ¡Janine!

Corrió hacia ella, ayudándola a volver de nuevo al diván.

Allí la dejó, sin demasiadas contemplaciones.

—No te muevas de aquí —le ordenó, tuteándola inconscientemente.

Y luego, siempre con veloces movimientos, buscó el rifle en el lugar donde lo había dejado, y salió fuera.

Tropezando en más de una ocasión, trató de ganar la pista, por la cual ya correteaba el aparato, virando para adoptar la posición de

despegue. Gritó desesperadamente, tratando de hacerse entender por los ocupantes de la nave.

—¡No despeguen! —aulló—. La pista es corta y se estrellarán… Sólo es para aviones comerciales…. —Pero su voz se perdió en el creciente bramido de los chorros. Enfilada ya la pista, el cohete aceleró hasta que el rugido se convirtió en un agudísimo chillido que taladraba los tímpanos don la enorme frecuencia de sus vibraciones. Poco a poco el aparato adquirió velocidad y el chorro de llamas que se advertía en su cola se convirtió en un disco de cegadora blancura, que se empequeñecía a medida que el cohete ganaba terreno.

El avión alcanzó una terrible velocidad antes de concluir la pista. Ciego de ira, Waldemar descargó todas las balas de su rifle, sin conseguir nada positivo. Para el tamaño del artefacto, sus proyectiles eran menos que la picadura de un mosquito en la coriácea piel de un paquidermo.

Súbitamente, un estruendo horrible se alzó en la noche. Crujidos de metal desgarrado y chirriante se percibieron con toda claridad, a pesar de la distancia. Sonó un estampido comparable a veinte cañonazos disparados a la vez y de repente, una puñalada blanca y anaranjada rasgó las tinieblas.

Más que una explosión fue un colosal rebufo lo que se oyó cuando los depósitos de combustible se incendiaron. En el lugar donde había ocurrido el accidente surgió una claridad casi comparable a la del día, y a su luz Waldemar pudo ver un par de negras siluetas que corrían unos cuantos pasos antes de caer consumidas en aquel mar de hirvientes llamas que burbujeaban y se arremolinaban furiosamente en un círculo de más de cien metros de anchura.

Era imposible tratar de salvar a nadie, y así lo hubo de entender Waldemar, quien permaneció unos momentos en aquel lugar, contemplando en silencio el terrible incendio que devoraba literalmente los restos de su nave. Al cabo de unos minutos, con la cabeza gacha y el rifle pendiente del hombro por la correa, regresó a su alojamiento.

Janine estaba en pie, sostenida en el alféizar de una ventana, teniendo suspendida la pierna lesionada. El rostro de la muchacha reflejaba las llamas que aún brillaban a lo lejos, y en él se advertía

una expresión de indudable pena.

—No hay remedio ya, ¿verdad?

Waldemar sacudió la cabeza, y luego dijo:

—Te dije que no te movieras del diván, Janine.

—Lo siento, Wald —murmuró ella contrita—. Pero la curiosidad pudo más que todo y…

—Está bien —cortó él, con cierta sequedad en el acento. La tomó en brazos y la devolvió a su sitio.

—Ya no merece la pena comentar lo ocurrido.

—¿De veras crees que no, Wald? Anda, dame un cigarrillo, por favor; siento que lo estoy necesitando.

El joven sacó dos, encendiéndolos y pasando uno a Janine. Durante unos momentos, ambos fumaron en silencio, hasta que de pronto ella dijo:

—Es extraño que hubiera por aquí gente capaz de pilotar una nave como la tuya, Wald.

—Posiblemente, pero en su ansia por escapar, no se dieron cuenta de que la pista era un poco corta y que había que arrancar de bastante más atrás, aunque fuera de terreno común, con objeto de entrar en la zona cementada con cierta velocidad inicial que compensara la escasa longitud de la pista. Esto sólo podía hacerse, y con bastante riesgo, por el día, pero nunca por la noche y con tan absoluta carencia de visibilidad como ahora. Ejecutarlo de la forma en que lo hicieron era la forma más cómoda de suicidarse… ¡fastidiándonos al mismo tiempo a nosotros! —concluyó el joven, muy rabioso.

—Pero… pero el individuo que manejaba la nave parecía ser un hombre hábil y competente, Wald.

—¿De qué le sirvió su competencia? Posiblemente no fuera más que un piloto corriente, no un hombre capaz de manejar un cohete como ése, que necesita casi cuatro kilómetros de pista para despegar.

—Y si ésta tiene sólo un poco más de dos, ¿cómo pensabas hacerlo tú, Wald? —argumentó ella con toda lógica.

—Ya te he dicho mi pensamiento y, además, hay que tener en cuenta que los cuatro kilómetros que he mencionado son para cuando despega con carga completa. Vacía, como ahora, con tres o menos tiene más que suficiente, aunque ahora le sobran todos —

terminó, pateando la punta del cigarrillo. Calló un momento, y luego dijo—: Tenías razón, Janine; estamos viviendo en una jungla de nueva especie, en donde sólo impera la ley del más fuerte o el más astuto. Pero lo que yo me pregunto es; si el resto de la Tierra está, poco más o menos, en las áreas no contaminadas, en las mismas condiciones que ésta, ¿a dónde pensaban dirigirse esos tipos?

—Querían ir a Norteamérica, pero su idea estaba condenada al fracaso de antemano.

Waldemar tomó el rifle apenas hubo oído las anteriores palabras, y apuntó con el arma hacia el lugar de donde habían salido, que no era precisamente la boca de Janine, pues la muchacha había permanecido silenciosa. La voz que las había pronunciado era bronca, de duros tonos masculinos, y concluyó con una sarcástica risita.

—Es inútil que haga tal cosa, amigo Wald —dijo la voz—. Tiene el rifle descargado, pues se olvidó de recargarlo cuando disparó contra los que huían, y en cambio en el mío hay una bala que sólo está aguardando la presión de mi dedo para agujerearle la cabeza. ¡Tire el rifle, Wald!

—¿Quién es usted? —preguntó el joven, tan aturdido como la muchacha.

—Se lo diré cuando me haya obedecido.

—¿Y si no quisiera? —desafió Waldemar al desconocido.

Un lengüetazo de fuego rasgó la obscuridad, al mismo tiempo que un estampido conmovía los cristales de la sala. Waldemar percibió claramente el silbido de la bala junto a su mejilla y, sin más, tiró el rifle al suelo.

—Así me gusta, Wald —dijo el desconocido—. Le estoy viendo perfectamente, gracias a mis cualidades de nictálope, magníficamente desarrolladas durante ésta era de salvajismo, y en cambio, usted, que acaba de llegar de los planetas, no puede verme. Ahora voy a acercarme, pero no intente nada, porque mi próximo disparo no será de advertencia, sino que irá recto a donde haga pupa.

—¿Cómo sabe mi nombre, amigo? —preguntó el joven.

Un suave siseo, que quería ser una risita, atravesó las tinieblas. Waldemar sintió en su mano el contacto de la de Janine, pero no

hizo el menor signo de haberlo notado.

—Se lo oí a la chica cuando hablaban Wald.

—¿También oyó que vine de los planetas?

—No; para ello me bastó ver su cohete esta tarde, a poco del aterrizaje. ¿De dónde diablos sale, Wald?

—De Saturno. Viajé durante cinco años en la «Marco Polo» y regresé justamente ayer.

Se oyó un largo y asombrado silbido.

—¡De… Saturno! Vaya un viajecito, ¿eh, Wald?

—Un poco largo, en efecto —admitió el joven.

—Habrá encontrado bastante cambiado nuestro viejo globo, ¿verdad?

—Algo si, claro. Pero ¿no dijo que se iba a acercar, amigo?

—Cuando suelte el rifle que la chica le ha entregado, Wald —dijo bruscamente la voz en la oscuridad con tono enérgico y perentorio—. ¿Se figura que estoy aún en la edad de la lactancia? ¿Por qué cree que esos tipos se mataron con la nave cohete y yo, en cambio, estoy vivo?

Waldemar retiró vivamente la mano del rifle que Janine le pasara y se quedó inmóvil en el mismo sitio, sin hacer el menor gesto. Al cabo de unos momentos sintió unos blandos pasos que se le acercaban, y poco después vio el reflejo de una estrella resbalando a lo largo del pavonado cañón de un fusil.

Después vio una silueta baja y rechoncha, destacar contra el amplio rectángulo de la ventana más próxima. El desconocido alejó las armas con el pie y luego, sin soltar la suya, se acuclilló al lado de la pareja.

—Bien, Wald, Janine, ¿cómo están? Me alegro de conocerles.

—Nosotros no podemos decir lo mismo, señor mío.

El desconocido soltó una carcajada.

—Déjese de fórmulas, que ya prescribieron en este mundo. Llámeme José, a secas. El… Martínez estorba ahora.

—¿Español?

—¡Ajá! Bueno, ¿qué tiene de comer por ahí, Wald?

—Nada.

—¿Se figura que soy tonto, Wald? —Gruñó José.

—¿Por qué se cree que les he sorprendido?

—No lo sé; acaso fue más listo que nosotros.

—¡Ajá! Usted lo ha dicho, Wald. Mis compañeros y yo vimos esta tarde a su aparato volar por encima del campo. Un aparato que vuela es ahora tan raro como un «*jeep*» en la Roma de los Césares, conque nos dijimos que con toda seguridad, y aunque sea hacer un chiste malo, que en la panza de su pájaro habría comida. No nos engañamos, en efecto, los viajes que usted hizo del cohete aquí, bien cargadito por cierto, nos confirmaron en nuestras sospechas. Todo el rato estuvimos observándolo con unos prismáticos desde la linde del bosque próximo, Wald. Y también le vimos recoger a la chica herida.

—Por lo que oigo, no se perdieron detalle, José.

—Ni uno tan sólo, Wald. Y ahora… ¿qué hablábamos de comida, amigo?

—Un momento. Antes quiero saber qué le indujo a dejar escapar a sus amigos con la nave.

—¿Amigos? ¿Cree que lo eran, Wald?

—Usted lo sabrá mejor que yo, José.

El español escupió desdeñosamente a un lado.

—Los dejé ir —dijo despaciosamente—, porque sabía lo que iba a ocurrir. Un cohete lanzadera no puede despegar desde un aeródromo de tipo medio como éste en que nos hallamos.

Sé oyó un grito sofocado, proferido por Janine.

—¡Oh, qué canalla! ¿Y… y lo dice tan fresco?

José volvió a reír.

—¿Qué quiere, que me eche a llorar? Cuando el bote salvavidas es pequeño, las plazas son muy limitadas.

Waldemar movió la cabeza.

—En otros tiempos, el afán del hombre era repoblar la Tierra. Hoy parece que sólo se siente satisfecho cuando ha causado una baja en la lista género humano.

—Así es —dijo el español filosóficamente—. Esa baja a que usted alude es una boca menos que alimentar… y yo sabía que sus víveres eran escasos, Wald. Tarde o temprano ellos hubieran acabado por liquidarme a mí, de modo que lo que he hecho ha sido vengarme por anticipado. Bueno, Waldito, me ha dejado la boca seca y quiero reconfortarla con un poco de ese sabroso jamón en lata que guarda por ahí y el aromático café que ha estado haciendo esta tarde para la nena. ¡Diablos!, si llegaba el olor a cinco

kilómetros de distancia. Le juro que jamás me he sentido tan caníbal como esta tarde cuando le vi…

—Le creo sin necesidad de juramentos, José —dijo Wald sarcásticamente—. Pero ¿no habrá peligro de que alguien vea la luz?

—Oh, no —contestó firmemente el español—. En estos momentos, y en al menos veinte kilómetros a la redonda somos nosotros los únicos seres vivos. Por lo menos con inteligencia, claro está.

—A veces dudo de que la tengamos —mascculló Waldemar, poniéndose en pie y yendo hacia el rincón donde había dejado las latas de alimentos. Tomó un par de ellas y regresó a donde estaba el español.

Rascó un fósforo y al, instante una amarillenta claridad disipó las tinieblas. A la luz de la cerilla, Waldemar vio un rostro ancho, con un par de pequeños rasguños en una de sus mejillas, desde el cuál y bajo un mechón de sorprendentes cabellos rubios, le miraban unos astutos y sardónicos ojos, que sonreían aún más que la boca de gruesos labios que había en aquella cara.

Pero aquella cara desapareció tras un chorro de llamas, cuando apenas hubo prendido Waldemar la pastilla de alcohol sólido, la arrojó, junto con el infiernillo, contra el asaltante. José lanzó un terrible juramento e intentó requerir el arma.

La mano del joven le sujetó con férrea presa la muñeca. La boca del cañón estalló súbitamente, con un sonoro estampido que ahogó el grito de espanto de la muchacha. Los dos hombres, enzarzados en una pelea a muerte, rodaron por el suelo.

El puño de Waldemar golpeó el rostro de José. Aquél sintió clavársele una rodilla en el estómago, pero no por ello soltó su presa. Evadió una que el español quería hacerle en el brazo libre y luego, con el codo, golpeó la mandíbula de su contrincante. José emitió un largo suspiro y luego, casi con blandura; echó la cabeza hacia atrás.

Tratando de normalizar su agitada respiración, Waldemar se puso en pie, inspirando profundamente. Desde el diván, Janine, angustiada, le preguntó:

—¿Te encuentras bien, Wald?

—Sí, muchacha —contestó él con una mueca, pues le parecía

sentir aún la rodilla del español en su vientre—. Vamos a ver qué hacemos ahora.

Encendió un nuevo fósforo y prendió una segunda pastilla de alcohol. El español continuaba tendido en el suelo, respirando con toda tranquilidad, y aquel momento fue aprovechado por el joven para registrarle detenidamente, despojándole, además del rifle, de una pistola con varios cargadores de repuesto y un magnífico cuchillo de monte, de bien templado acero. Además, en uno de los bolsillos de los pantalones le encontró un pañuelo muy sucio, atado por las cuatro puntas, y cuyo contenido parecían ser piedrecitas o pequeños guijarros.

Lo arrojó indiferentemente sobre el diván y luego acopió todas las armas en un punto que sólo fuera posible utilizarlas por él o por la muchacha. Iba a preparar un poco de café, pues en medio de todo, no era vengativo, y comprendía que José debía estar hambriento, cuando la joven lanzó un grito.

—¡Mira, Wald, mira!

El aludido volvió la cara, viendo a Janine sentada en el diván, con el pañuelo que quitara al español en la mano. Janine lo había desliado y ahora estaba a la vista su contenido, el cual refulgía con esplendorosos chispazos de todos los colores del arco iris.

—¡Cielos! —exclamó aturdido—. Hay una fortuna en joyas, Janine.

—En efecto —contestó ella, con el ceño muy arrugado—. Y esto es bastante para demostrarnos cuál es la catadura de nuestro huésped. Mira, Wald, aquí, incluso… ¡Dios mío, qué horrible!

Temblando de espanto, la muchacha le alargó Un grueso anillo, cuyo ancho círculo de oro estaba ensombrecido por unas manchas oscuras, de cuya procedencia no podía dudarse. Waldemar sintió que la ira le ardía en el corazón y, sin poderse contener, tomó la pistola, apuntando con ella a la cabeza del desvanecido.

—¡Canalla asesino! —barbotó.

—¡No!

Pero la mano de Janine fue rápida y le detuvo el gesto.

—¡No, Wald, no! ¡Por amor de Dios, no lo hagas!

El joven la contempló ceñudo.

—A lo que parece, tu modo de pensar ha variado bastante desde que nos vimos hace doce o catorce horas. ¿No dices que nos

hallamos en un mundo en el que sólo importa sobrevivir?

Los dulces ojos de la muchacha le miraron implorantemente.

—Quise matarte porque te desconocía, Wald… y porque, a causa del hambre, estaba loca. Pero ahora… no podría soportar la visión de un semejante muerto a sangre fría… a menos que éste se hallara dispuesto a matarnos.

—¿Y qué es lo que hubiera hecho José, una vez satisfecho?

Una breve sonrisa apareció en les labios de la chica.

—No hace mucho me reprochaste mis pensamientos ucrónicos, Wald. Ahora está inerme y… mira, se despierta.

Waldemar se volvió, apuntando con la pistola hacia el español, el cual con la mano en la mandíbula, trataba de sentarse en el suelo. Desde el diván, en el que apoyaba su espalda, el joven le dijo:

—La cosa cambió, amigo José. Ahora es usted quien está en nuestras manos y quien obedecerá todas mis órdenes, sin chistar en lo más mínimo, ¿me ha entendido?

El español asintió, moviendo la cabeza de arriba abajo. Después dejó que una pálida sonrisa asomara a su ancho rostro.

—¡Buena me la jugaste, amigo Waldito! Diciendo la verdad, jamás te creí capaz de hacerme esa faena.

—No pensó por un momento que me iba a someter como un borrego a sus dictados, ¿verdad? Está bien; no soy rencoroso y, puesto que tiene hambre, le daremos de comer. Después…

Una sombra de temor apareció, por primera vez en los ojos de José.

—¿Qué piensan hacer conmigo?

—Lo mismo que usted hizo con sus compañeros: deshacernos de un estorbo.

—Si piensan matarme, no veo por qué me han de dar de comer. Los tiempos no están para derrochar los alimentos en la última comida de un condenado a muerte.

—No dije matar, José, sino simplemente deshacernos de usted. ¡Que se largue de aquí, en una palabra!

CAPÍTULO V



or primera vez apareció en el rostro del español una expresión de desánimo, fácilmente perceptible con las luces del alba que ya llegaba. Al fin consiguió reunir las suficientes fuerzas para articular unas vacilantes frases.

—No… no dirás eso en serio, ¿verdad, Waldito?

—Jamás hablé tan formalmente como ahora, José. Eres para nosotros un indeseable y no queremos tu compañía con nosotros.

—¿Por qué razón, si puede saberse?

—En las circunstancias en que nos hallamos, sería inútil Andarse con rodeos y circunloquios —dijo con granítica firmeza Waldemar, sabiéndose apoyado por Janine—. José, usted intentó despojarnos de lo que es nuestro, en primer lugar, cosa que aún tendría pase, tal como se halla la situación, y en segundo lugar…

Waldemar calló y, de repente, con brusco gesto, tomó el pañuelo repleto de joyas de las manos de Janine. Alargó la suya, colocando bajo el rostro del español aquel tesoro.

—¿De dónde lo sacó, José? No, no es necesario que se esplique; el despojo habla por sí solo. Hay aquí un anillo en el cual se ve todavía la sangre seca del dedo que hubo de cortar para que saliera mejor. ¿Me va a dejar por mentiroso, José?

Éste se pasó la lengua por los labios, súbitamente resecos. Dijo:

—Estás equivocado. Waldito. Admito que las joyas procedan de algún expolio, pero niego rotundamente que haya sido yo el autor de tal latrocinio.

—¿Y cómo podrías probarlo? —Gruñó Waldemar, suprimiendo ya el tratamiento.

Una burlona sonrisa apareció en los labios del español.

—¿Y cómo podrías probar tú lo contrario? —repitió bufón—. ¿Porque las hallaste en mi bolso? ¿Me creerías si te dijera que se las quité a uno de esos imbéciles que se quemaron vivos con el cohete?

—Sabía que me darías esa disculpa, José —dijo Waldemar.

—¡Es la pura verdad! Le «limpié» el pañuelo poco antes de hallarles a ustedes. Con el ansia de llegar al aparato, ni se dio cuenta. El muy estúpido cometió el desliz de enseñarme su tesoro… y esto es una cosa que, sea en joyas, sea en comida, sea en armas, no se puede permitir uno hoy en día.

Waldemar se acarició la mandíbula, dubitativo. Miró a Janine.

—Está bien —dijo al cabo—. Podemos dar por bueno lo que dices, José. Pero tu compañía…

—¿Entiendo que me largan?

—Tómalo como quieras, José. No te deseamos como compañero, ¿no es verdad, Janine?

La muchacha afirmó con la cabeza.

—Además —siguió Waldemar—, tú ni siquiera eres español, José.

El aludido se sobresaltó.

—¿Por qué lo dices, Waldito?

—Tu cabello… y la vacilación que tuviste al dar el apellido.

José se echó a reír con poderosa voz con estentóreas carcajadas.

—¡Tonterías! —dijo—. Lo del cabello, ¿qué tiene que ver con la nacionalidad? Hay muchos más rubios, entre los españoles, de los que suele pensar la gente. Y en cuanto al apellido… ¿qué importa en estos tiempos llevar uno u otro? Con tener un nombre al cual responder, es suficiente ahora. Yo sólo sé de vosotros que os llamáis

Waldemar y Janine; ¿qué me importa el resto?

Para acabar de convencerse, Waldemar hizo una prueba.

—*¿Sabes hablar tú el español, José?* —inquirió, en este idioma.

—*¡Naturalmente, mi amigo!* —respondió el interpelado en su lengua materna; y continuando en la misma—. ¿Es que un español no puede hablar en otros idiomas que no sean el suyo?

La experiencia de radiotelegrafista de Waldemar convenció al joven de que, en efecto, en este aspecto, José no parecía mentir. Alargó la mano y entregó la pistola a la muchacha.

—Toma, Janine; vigílalo en tanto, preparo el desayuno.

Media hora más tarde, Waldemar repartió tres cigarrillos. En cuclillas, José miró a la pareja y con los ojos entornados, a través del humo.

—¿Y bien? —murmuró—. ¿El veredicto de mis jueces, es firme?

Waldemar vaciló. Volvió a mirar a Janine, como consultándola con la mirada. La muchacha dijo:

—Los tiempos no están para sentimentalismos, Wald; pero, en todo caso, te dejo a ti la decisión final.

El joven meditó unos segundos. No llevaba veinticuatro horas en la Tierra, y ya se había visto sumido en una multitud de excitantes aventuras, con las cuales no hubiera sido capaz de soñar ni en sus peores momentos de delirio. Al cabo de un buen rato, murmuró:

—Debiéramos largarte de aquí, José. Pero… no es ésta la manera de comportarse de un hombre civilizado, por muy salvaje que sea el estado en que se halle. El ser humano es gregario por naturaleza, y busca la compañía de otros hombres, cosa que a fin de cuentas no es más que hacer lo que hacen los animales. Además, hemos nacido para vivir en sociedad, aunque de vez en cuando nos tiremos las bombas atómicas o de pólvora a la cabeza, y hemos de seguir nuestro inevitable destino. Un día u otro, esta anómala situación ha de desaparecer y si no empezamos ahora, ¿cuándo lo vamos a hacer, José?

—Tienes un pico de oro, Waldito —sonrió el español—. Y la linda muchacha, ¿qué dice?

—Empiezan a convencerme las razones de Wald —dijo ella, aún un poco hosca—. Yo también empiezo a necesitar compañía.

—El mundo está destruido, Janine, José —dijo Wald, con la fuerza y la energía de un iluminado—, y, queramos o no, hemos de

reconstruirlo. Tardaremos mucho en volverlo a dejar como estaba, pero lo conseguiremos al fin. Acaso nosotros no lo veamos, pero sí nuestros descendientes, para los cuales hemos de trabajar y laborar intensamente, siguiendo el divino mandato. Esta lluvia de fuego ha sido un castigo que el Señor ha desencadenado sobre nosotros, para humillarnos y confundir nuestro orgullo, y hemos de aceptar y acatar humildemente sus mandatos.

—Como en los tiempos de la Biblia, ¿verdad, Waldito?

—Exactamente, José —dijo Wald—. Mucha es la tarea que nos queda por hacer; duro y largo el camino, sembrado de cortantes piedras y afiladas espinas, pero al final de la senda está la recompensa a que hemos de hacernos acreedores, si obramos como hombres y no como bestias salvajes.

Hubo unos momentos de silencio, después de los cuales se oyó la voz del español.

—Desde que era pequeño no había oído cosas semejantes, Waldito. En verdad que sabes hablar como los ángeles. Bien, ¿y por dónde empezamos?

—Lo primero —dijo el joven—, es curar la herida de Janine. José, necesitamos agua hervida. Toma fósforos.

La habilidad manual del español era insuperable. Procurando no demostrar la vacilación que sentía, Wald le devolvió su cuchillo, y media hora más tarde, allí mismo, en el suelo de la sala para evitar en lo posible la visión del humo habían preparado un trípode de ramas del que colgaba una gran lata, previamente vaciada de su contenido, sobre un alegre fuego de astillas. Mientras el agua se calentaba, Wald quitó los vendajes de la herida, hallándola en bastante buen estado y en franca vía de curación.

Miró a los ojos de Janine y ésta se ruborizó levemente.

—Tendrás que permanecer unos días así quieta, pero nosotros cuidaremos de que no te falte nada.

—Eres muy bueno conmigo, Waldemar. ¿Olvidas que quise matarte?

—¿Y tú? ¿Olvidas que te devolví los disparos y que te herí?

—Era lo menos que me merecía, Wald.

Un momento callaron ambos jóvenes, mirándose a los ojos, y después el encanto fue roto por un grito de José:

—¡Waldito, ya está el agua!

El muchacho se levantó con pena y fue hacia su compañero. Éste le ayudó en la cura, y cuando hubieron limpiado la herida y renovado los apósitos dijo:

—Bueno, Waldito, ¿y qué es lo que podemos hacer ahora?

—En primer lugar, no podemos mantenernos los tres de las conservas que hay, porque no llegarán a los quince días que, como mínimo, necesita Janine para poder caminar. Es obvio, pues, que necesitamos carne fresca. Tú conoces la región, José; ¿crees que se puede encontrar?

El español asintió con suficiencia.

—Yo estoy vivo, ¿verdad?, y no soy «caníbal» conque…

Waldemar tomó un rifle y una docena de cartuchos, entregándoselos.

—Toma, José. Voy a correr el riesgo contigo de que, o bien nos abandones, o bien te escondas para luego sorprendernos y asesinarnos. De esta forma podríais conseguir todas nuestras reservas en víveres y municiones, además de recuperar tus joyas. Para que no lo hagas, para que te portes como lo que eres y no como una bestia de la selva, apelo a tus sentimientos de hombre y te recuerdo mis anteriores palabras.

José asintió con viveza. Se colgó el rifle del hombro, una vez cargado, metió los cartuchos sobrantes en un bolsillo, y luego apretó con fuerza al brazo del joven.

—Ninguno de los dos quedarán descontentos de mí. Tienes razón, Waldito; he vivido como una alimaña, pero ahora quiero volver a ser lo que era, ¡y por Dios que sólo se puede conseguir esa cosa obrando como tú dices!

—¡Así lo espero, José! —dijo Wald.

Luego contempló la pesada figura del español, más alto en realidad de lo que parecía a causa de su tremendo volumen, alejarse en dirección al bosque, balanceándose como una goleta recién botada a la mar.

Cuando José se hubo marchado, Wald se dispuso a organizar todo para las dos semanas que aún iban a permanecer en aquel lugar. Pero antes de ello, fue hacia la muchacha y se arrodilló junto a ella, al lado del diván.

—Janine, quiero que me digas una cosa con toda franqueza. Tú llevas mucho más tiempo que yo en esta situación, y forzosamente

has de comprenderla mejor que yo también. ¿He obrado bien confiándome en José?

Ella sonrió con infinita dulzura al mismo tiempo que decía:

—Tú mismo te diste antes la respuesta al hablarnos de que hemos de procurar volver a nuestro anterior estado. Pertenecemos al género humano y en él hemos de seguir, no degradándonos cada vez más hasta rebasar, en sentido hacia abajo, el inferior nivel de los animales. Si ahora, que es el momento, no empezamos a confiar en nuestros semejantes, ¿cuándo lo haremos, pues, Wald? Para mí, tu llegada ha sido providencial; el rayo de luz que alumbra las tinieblas. Veinticuatro horas antes, habría sido capaz de matar a la persona que, pudiendo acercarse a mí, hubiera tenido el valor suficiente para hablarme de amor a nuestros semejantes. En cambio, ahora… ¿eres un santo, Wald?

El joven sonrió, moviendo la cabeza de derecha a izquierda.

—No, Janine. Soy solamente un hombre que trata de seguir las leyes divinas que nos hablan del amor al prójimo, eso es todo. Aunque, también sea preciso decirlo, me haya visto obligado a imponer ese amor a tiros.

—No fue sino tú lógica respuesta a quienes te atacaban sin razón alguna, Wald —dijo la muchacha con vehemencia.

Entonces, Waldemar se puso en pie.

—Dejemos esto ya, ¿quieres? Ahora voy a prepararlo todo y disponerlo para nuestra estancia de dos semanas aquí.

Durante un buen rato, el joven se afanó en trabajar, disponiendo las cosas para procurarse un acomodo relativamente agradable. De vez en cuando cambiaba algunas palabras con Janine, y así, sin apenas sentirlo, se les fue la mañana.

Waldemar pensó que eran, en cierto modo, afortunados, puesto que iban de cara al verano, de modo que las penalidades que tendrían que sufrir se verían reducidas a un mínimo. En, el momento que llegasen los fríos, sería cosa de irse adaptando para la estación invernal, para lo cual ya habrían hecho el correspondiente acopio de víveres.

A media tarde, Waldemar vio una silueta surgir de la linde del bosque frontero. Precavido, empuñó el rifle, que no soltó de la mano hasta cerciorarse de la identidad del que se acercaba.

—Es José —dijo, mirando a Janine—. Se ha portado como una

persona.

—En la forma que le hablaste —observó ella juiciosamente— tenía que hacerlo así o demostrarnos que es un salvaje. Además, tanto él como yo hemos comprendido las ventajas que trae él vivir en sociedad. El esfuerzo se reduce y la ayuda se multiplica.

—Sensatas palabras. Janine. Celebro que lo comprendas así.

La muchacha bajó los ojos.

—Después de vivir durante casi un año como una fiera acorralada, matando para sobrevivir, muy necia habría de ser si así no lo entendiera, Wald. Puedo asegurarte que, en verdad, ha sido una experiencia muy amarga.

—Te creo —repuso él, estremeciéndose—. Pasé ratos malísimos a bordo de la «Marco Polo», pero no sé si lo tuyo habrá sido mucho peor. Al menos, una vez salvé mi vida de la epidemia, sabía la tenía segura, mientras que aquí… Ah, ya está José.

El español entró con una ancha sonrisa en la boca y tres conejos en la mano, que alzó para que sus compañeros pudieran verles.

—¿Qué les parece? —exclamó—. No hay otro como José, amigos. Un poco de trabajo me costó, pero estos tres bichitos nos ayudarán a estirar nuestras reservas de víveres.

Janine palmoteo alegremente, pero en cambio Waldemar frunció el ceño, porque se dio cuenta de que en el cinturón de los pantalones de su compañero se veía un revólver de seis tiros que antes no había existido.

Acusador, extendió la mano.

—¿De dónde has sacado eso, José?

El español miró el revólver y luego levantó los ojos.

—¿El… revólver? Mira, Waldito, no hace falta ponerse así por una cosa que no tiene la menor importancia. No he gastado más que cuatro cartuchos; uno por cada conejo y el otro…

Waldemar frunció el ceño.

—El otro, ¿con quién?

El español se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué importancia puede tener eso ahora, Waldito? O los conejos, que quiere decir tanto como nosotros, o él. Mira el revólver, Waldito; le faltan dos cartuchos; ¿qué quiere decir eso? Muy sencillo: el tipo disparó antes contra mí, pero no me acertó. Y lógicamente, no le iba a dar más oportunidades, ¿verdad?

—No me gusta lo que has hecho, José —gruñó el joven.

—¿Qué quieres que le haga? El momento no era para irle al individuo con buenas palabritas como las tuyas. ¿Y si llega a acertar al primer disparo? ¿Estaría ahora aquí? Janine, tú has pasado por estas cosas; explícale a Wald que…

—No es necesario —murmuró el joven—, profundamente disgustado; —me conformo con lo que dices, José. Pero si fuera verdad que tú disparaste primero…

—¡No, no, Waldito, créeme! —protestó el español—. ¿Cómo iba a hacer yo eso después de lo que me hablaste esta mañana? Además, me cogió completamente desprevenido, ¿sabes? Si me descuido un poco…

—¡Está bien, basta ya de charla! —cortó Waldemar, muy irritado por el incidente, y en aquel momento sintió que la mano de Janine se le apoyaba en el antebrazo.

Los profundos ojos de la muchacha le miraron suplicantes.

—Wald —dijo—, tendrás que acostumbrarte a esto y a cosas aún peores. Tienes toda la razón del mundo al querer establecer una nueva era, un nuevo orden de cosas que sustituyan al que murió; pero todo esto, como todo lo que implica un sacrificio, no se hace sin dolor, y estos dolores, por más que lo lamentemos, son inevitables. Compréndelo así, Wald; trata de hacerlo como te digo.

El joven asintió, inclinando la cabeza.

—Muy bien —dijo al cabo de unos momentos—; tienes razón, Janine. Pero quiero que tanto tú como José me prometáis una cosa.

—Por mi parte, hecho —declaró el español, muy ocupado en despellejar el primer conejo.

—De acuerdo, Wald —murmuró ella, suavemente, mirándole al fondo de los ojos.

—Lo que tengo que pediros es que cuando nos encontremos con un semejante nuestro, no disparemos contra él hasta haber agotado todas las posibilidades.

—Eso está muy bien, en teoría, Waldito —dijo José sin mirarle.

—¿Por qué?

—Figúrate que ese supuesto individuo dice que sí, que bueno; asiente a todas tus palabras, y luego, aprovechando el menor descuido, se nos carga. No es el primer caso que ha ocurrido tal como lo digo.

Una súbita sospecha apareció en la mente de Wald.

—Parece que lo dices con plena experiencia, José.

Éste se encogió de hombros.

—De nuevo me remito a la de la chica. Ella también lo sabe, ¿no es cierto, Janine?

—Desde luego; pero tenemos que intentar hacer lo que dice Wald, José. No podemos ir matando a todas las personas que encontremos solamente por el hecho de considerarlas como enemigos en potencia.

—Ellas lo harán así con nosotros —recalcó José tenaz.

Wald decidió que ya había llegado el momento de cortar la inútil discusión.

—Es tontería, hablar de una cosa que aún no ha sucedido, ni se sabe si va a suceder. Cuando llegue el momento, tomaremos una resolución sobre el particular. Mientras tanto… ¿cuándo van a estar esos conejos?

—Dentro de media hora escasa os estaréis chupando los dedos, muchachos. Lástima que me falten ciertos ingredientes de cocina; haría una salsa…

CAPÍTULO VI


l contador Geiger que Waldemar llevaba pendiente del hombro emitió un débil chirrido y el joven alzó la mano, deteniendo sus pasos.

A su lado, Janine y José se detuvieron, mirándole atentamente. Waldemar consultó el contador y dijo:

—No sería prudente que continuáramos avanzando en esta dirección. La radiactividad tiende a aumentar y sus efectos podrían ser peligrosos para nosotros.

El Geiger era uno de los pocos aparatos que Waldemar había salvado de la destrucción del cohete. Habiendo visto desde la altura las manchas negras durante el día y azules por la noche, y suponiendo con bastante acierto lo ocurrido, había tenido la buena idea de sacarlo junto con el equipo de provisiones de emergencia que había en el cohete, y ahora estaba felicitándose por su gesto.

Ya había pasado más de un mes desde su llegada al planeta, y Janine había recuperado por completo el uso del miembro herido,

en el cual apenas si quedaba una débil cicatriz, como recuerdo del incidente. Era preciso contemplar a la muchacha relativamente de cerca para adivinar su sexo, puesto que iba vestida de una manera completamente hombruna, y además tenía aún los cabellos bastante cortos, pero ni aun aquellos burdos ropajes eran suficientes para ocultar las finas líneas de su esbelto cuerpo.

Antes de salir de los edificios del aeródromo, habían escondido los víveres que habían dejado de consumir, guardándolos como una posible reserva para el invierno, pues pensaban pasarlo en aquel lugar. Mientras tanto, Waldemar, con muy buen criterio, había decidido emprender una exploración en un círculo de bastantes kilómetros de radio, con objeto de comprobar la existencia de seres inteligentes en aquella zona, de los cuales no habían tenido la menor señal de existencia hasta el momento presente.

Cuando sus compañeros se lo indicaron, Waldemar había puesto en funcionamiento el Geiger, cuyo chirrido había delatado su peligrosa proximidad a una zona radiactivada. Desde que salieran del aeródromo, habían caminado en dirección norte, pero al ver que tenían el camino cerrado, Waldemar sugirió cambiar hacia el oeste, con ligera tendencia al sur, y la idea fue aceptada sin discusión por sus compañeros.

A mediodía, José, cuyo espíritu económico se había desarrollado a tenor de las circunstancias, mató de una pedrada, hábilmente dirigida con la honda que se había construido, un par de conejos, los cuales, convenientemente asados en las brasas de un fuego que preparó el joven, les sirvieron de cena.

Hubieron de pasarse sin cigarrillos; los pocos que Waldemar tenía de reserva hacía ya una semana que se habían agotado, pero aquélla era una pequeña privación comparada con las que aún les esperaban. Los conejos les llenaron el estómago y en aquella situación no podía exigirse mucho más.

Después de cenar, dispusieron todo para pasar la noche en aquel mismo lugar. En realidad, sobrándoles tiempo, no tenían grandes prisas y, puesto que se hallaban junto a la orilla de un pequeño río, que iba, en lugar de venir, hacia la zona radiactiva, podían hacerlo, sin temer a la contaminación de las aguas. Se bañaron primero los hombres, y luego se retiraron prudentemente detrás de unos matorrales, dejando que lo hiciera Janine sola.

Mientras que la muchacha cumplía con el rito del aseo, Waldemar y José charlaron de mil temas indiferentes. Habían pasado diez minutos desde que Janine fuera al río cuando, de repente, un agudo grito les taladró los tímpanos.

Movidos como por un mismo resorte, los dos hombres se pusieron en pie y, tomando sus rifles, echaron a correr hacia el río. Janine les salió de pronto al paso y, todavía a medio vestir, se arrojó sollozando de espanto en los brazos del joven.

—¿Qué ha ocurrido, Janine?

—¡Allí… al otro lado del río…! —Hipó la muchacha, estremeciéndose de puro espanto—. ¡Oh, qué cosa tan horrorosa…! Tenía unos ojos que parecían de fuego… y unos dientes como sierras… Sus mandíbulas hacían un ruido infernal…

—Pero, bueno, ¿qué es ello? ¿Alguna fiera? —preguntó José.

—No creo que en esta región de Europa haya fieras como las describe Janine —dijo Waldemar, tratando de calmarla—. A menos, claro está, que se hayan encapado de un «Zoo» y anden sueltas…

Los cabellos de la muchacha se agitaron al denegar con un brusco movimiento de su cabeza.

—No era ninguno de los animales a que te refieres, Wald —dijo ella, abrochándose pudorosa la camisa—. Era… Oh, Dios mío, es qué no hay palabras con qué describirlo… porque en mi vida he visto nada igual…

—Quedaos aquí —dijo José—; yo iré a ver de qué se trata.

Los dos jóvenes permanecieron en el mismo sitio, él tratando de reanimarla, aguardando con impaciencia la llegada del español, el cual tardó un buen espacio de tiempo en aparecer. Hizo un, gesto como de extrañeza y dijo:

—Lo siento —exclamó—. Si he de decir verdad, yo no he visto ni oído nada. ¿No habrá sido…? —Y ante la mirada de inteligencia de Waldemar optó por callar.

El sol se acercaba ya a la línea del horizonte, en su diurno descenso y decidieron preparar el campamento para pasar allí la noche. José se dedicó a amontonar ramas secas que podían provocar una gran fogata en contados segundos, y Waldemar preparó el lecho para Janine, pensando en que acaso la visión que la chica contemplara fuera producto únicamente de sus excitados nervios. Pero no habían transcurrido diez minutos tan siquiera,

cuando un horrendo alarido rasgó la calma del atardecer.

Los tres se incorporaron, súbitamente alarmados por el grito, que parecía provenir de la garganta de alguien que se hallaba en gravísimo peligro.

El alarido se repitió, cortándose súbitamente en un macabro gorgoteo que no tardó cinco segundos en dejarse de oír. Una especie de chirrido, como si no lejos de allí alguien estuviese moviendo una sierra mohosa, se escuchó a continuación, mezclado con un espeluznante castañeteo intermitente de siniestros tonos.

Waldemar no lo dudó ya más; tomó el rifle y echó a correr, seguido por Janine y el español, también armados, hacia el lugar donde se habían escuchado aquellos espantosos sonidos. Cruzaron bajo las copas de unos frondosos álamos y, de pronto, en un espacio libre, cubierto de césped, que hacía como una plazoleta semicircular cuyo diámetro mayor era la orilla del riachuelo, vieron algo que les heló la sangre en las venas, al mismo tiempo que provocaba intensamente náuseas en sus estómagos.

Tres o cuatro repugnantes animales se afanaban en devorar el cuerpo de una persona, que ya había adquirido la suprema inmovilidad de la muerte. Aquello, en cierto modo, no hubiera tenido nada de particular, dada la coyuntura actual, de no haber sido porque se trataba de unos gigantescos saltamontes o langostas de más de un metro de longitud, de un tono verde sucio, cruzado por manchas y estrías amarillentas y pardas. Las patas posteriores, aserradas, alcanzaban casi otro tanto, y las mandíbulas de aquellos repelentes seres se movían incesantemente, con un sonido que ponía escalofríos en la piel de los tres compañeros.

Una de las langostas gigantes, cuyos ojos brillaban con asesina fosforescencia, reparó de pronto en los recién llegados, y su bestial instinto le dijo que aquéllos le iban a estropear el macabro banquete que se estaba dando. Levantó la enorme cabeza y, de pronto, distendió sus largas alas, transparentes, membranosas, saltando hacia adelante.

Una salva de disparos estalló al instante, alcanzando a la fiera de nueva especie en pleno cuerpo, fragmentándola en mil repugnantes pedazos, que volaron por todas partes, despidiendo chorros de una viscosa substancia rojo amarillenta que hedía de un modo insufrible.

Los demás saltamontes, cuyo tamaño era aterrador[2] se dispusieron al ataque, pero ni Waldemar ni sus dos compañeros estaban dispuestos a correr la suerte de aquel infeliz que había muerto víctima, del asalto conjunto de aquellos colosales insectos, y dispararon frenéticamente sus armas hasta destrozarlos totalmente.

Cuando todo hubo acabado, Waldemar, tratando de soportar la hedionda peste que despedían aquellos cuerpos destrozados, se acercó al del hombre que yacía en el suelo, roído a medias por las duras y potentes mandíbulas de aquellas enormes langostas, de tan terrible voracidad. Halló que ya no se podía hacer nada por el infeliz, y volvió junto a sus amigos.

—¡Es espantoso, espantoso! —musitó—. ¡Dios mío! ¿Qué mundo es éste en que vivimos?

Antes de que Janine o José pudieran contestarle, se oyó por encima de sus cabezas un sonido de nueva especie: el llanto de alguien que se lamentaba inconteniblemente de lo ocurrido. El español, temiendo una nueva acechanza, levantó el arma, pero Waldemar le detuvo el gesto.

—¡Quieto, José! Sea quien sea esa persona, está necesitando de nosotros.

Sin abandonar, no obstante, las lógicas precauciones el joven se acercó al árbol del que partían los sollozos, viendo en el crepúsculo una sombra.

—¿Quién es usted? —gritó—. Baje, no tenga miedo; somos amigos.

Las ramas del árbol crujieron y unas piernas colgaron un momento. Waldemar las tomó en sus manos, y poco más tarde estrechaba en sus brazos la delgada figurilla de una niña de unos diez o doce años, cuyos sollozos no se podían detener en forma alguna.

Janine compasiva, corrió hacia ella, tomándola en brazos. La niña, sin dejar de llorar, se sintió más segura y tranquila y apoyó la cabeza, ornada por unos cabellos castaños que necesitaban de bastantes cuidados, en el seno de la joven.

—Será mejor que nos la llevemos de aquí —dijo Waldemar, y los demás asintieron.

Cuando estuvieron en la relativa seguridad de su campamento. Waldemar dijo:

—Janine, dale algo de comer. Utilizaremos también, por una vez, nuestras reservas de café; creo que todos lo estamos necesitando.

La muchacha le miró.

—Creo que ahora no dudarás de lo que vi, ¿verdad?

—No por cierto; y no me lo recuerdes —se estremeció el joven—. ¡Cielos!, en mi vida hubiera supuesto la existencia de unos seres tan feroces y tan enormes como éstos.

Poco a poco la niña se fue calmando y acabó por comer un poco y tomar unos sorbos de café, cosa que la reanimó notablemente. Al terminar, Janine le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Arlette, Arlette Ducroc. Iba con mi papá… y de repente aquellas fieras nos asaltaron… Él trató de defenderse con una pistola que tenía, después de haberme hecho subir al árbol, pero ya no tuvo tiempo… Dios mío, lo vi morir allí y…

Janine la estrechó nuevamente contra su pecho, acariciándole suavemente la cabeza.

—Vamos, vamos, Arlette; trata de olvidar ahora eso. Ya no tienes que temer nada de nadie. Nosotros somos amigos tuyos y te defenderemos contra todo y contra todos, ¿no es así, chicos?

—¡Naturalmente! —exclamó José—. ¿Para qué estamos aquí si no?

En aquel momento Waldemar tocó con dos dedos el hombro del español, haciéndole un gesto de inteligencia, gesto que repitió con Janine. Ésta quedó allí, tratando de consolar a Arlette, y los dos hombres se separaron unos pasos.

—Mañana por la mañana —dijo Wald— enterraremos el cadáver del pobre Ducroc. Ahora es de noche y no podernos correr el riesgo de dejar, a las dos chicas solas, ni mucho menos de separarnos unos de otros.

—Estoy contigo, Waldito. ¿Y qué más?

—Por una vez romperemos con nuestra tradición y, volviendo a la selva, prenderemos una gran fogata que mantendremos encendida durante toda la noche Es preferible correr el riesgo de unos problemáticos asaltantes humanos, con quienes siempre se pueden ensayar los recursos de la oratoria, que no el de estas horrendas langostas, con las cuales no cabe otro medio de defensa

que el tiro limpio.

El español asintió.

—Me parece muy bien. Aparte de que el fuego les infundirá respeto, en caso de atacarnos siempre estaríamos a tiempo de verlas y así podríamos defendernos mejor.

—¡Ajá! Celebro que lo hayas entendido, José.

Bien, no podemos seguir perdiendo más tiempo; vamos a encender la hoguera.

Un cuarto de hora más tarde un alegre chorro de llamas subía a lo alto, iluminando aquella zona del bosque en una gran extensión. Arlette, fatigada, había acabado por dormirse, y a su lado Janine vigilaba el sueño de la chiquilla, en cuyo rostro, demacrado, aunque coloreado por la vida al aire libre, se veían retratadas fielmente las privaciones porque había tenido que pasar en los últimos tiempos.

Janine se estremeció de pronto.

—¿Qué te pasa? —inquirió Waldemar, solícito.

La muchacha se pasó una mano por la frente, como si quisiera alejar de su cerebro una horrible pesadilla.

—Me estaba acordando de hace un rato, cuando me bañaba… Oh, Dios mío, pensar que estuve a punto de ser devorada por uno de esos espantosos bichos…

—¿De dónde habrán salido? —inquirió el español, mordisqueando un tallo de hierba a falta de tabaco.

Waldemar meditó un momento; luego dijo:

—Si les aplicamos el Geiger, veremos cómo sus restos influencian el contador. No pueden haber venido sino de la zona radiactiva, y la contaminación ha influenciado de tal forma en sus cromosomas, alterando las leyes de su herencia biológica, que han crecido de tamaño hasta alcanzar el tamaño gigante con que nosotros las hemos visto. Y si antes, naturalmente, eran voraces de por sí, ahora esta voracidad se ha visto centuplicada y no tienen bastante para sus apetencias físicas con el alimento que les proporcionan los vegetales de que habitualmente se alimentaban. Su instinto les dijo que un cuerpo humano era mucho más valioso para ellas que un pedazo de césped y, desgraciadamente, así es.

Janine volvió a estremecerse. José largó un taco en voz baja:

—¡Infierno! ¿Y vamos a vivir siempre en un mundo así, Waldito?

—Mucho me temo que sí —contestó el joven con tono pesimista

—. Y ojalá me equivocase, pero temo que no sólo hayan sido las langostas que vimos los únicos insectos que hayan sufrido esa espeluznante transformación. Cuando vi lo que ocurría aquí, dije que había llegado a una nueva jungla del siglo XXI y así ha sido. En lugar de panteras, tigres y leones, tendremos insectos de descomunal tamaño, contra los cuales tendremos que luchar encarnizadamente si queremos sobrevivir.

Janine y el español asintieron a dúo. Aquélla dijo después:

—Pero aún hay más, en mi opinión. Los insectos se han reproducido siempre en cantidades fabulosas. Si ahora ocurre lo mismo… acabaran inexorablemente con los pocos restos de la raza humana.

Waldemar sacudió la cabeza.

—Espero que no —murmuró.

Hablaban siempre en voz baja para no despertar a Arlette.

—¿Por qué, Waldito? —dijo el español.

—Por una sencilla razón, muy fácil de comprender. Por ahora no es más que una hipótesis mía, pero creo que el tiempo acabará por coincidir conmigo. A medida que los animales son de mayor tamaño sus descendientes nacen en menor número, cosa fácilmente comprobable si nos detenemos a pensar en las especies desaparecidas o en trance de serlo. La ballena, los grandes paquidermos, cuyo número, al menos antes del cataclismo, se reducía de día en día, son una prueba palpable de mi aserto. ¿Por qué estas langostas se iban a escapar a una ley general? No, mi opinión es que, aparte de que acaso hayan alcanzado su tamaño máximo, sus facultades reproductoras hayan sufrido una considerable merma, y el número de sus descendientes sea infinitamente pequeño, sobre todo si los comparamos con los de la especie primigenia, en que una sola hembra ponía millares de huevos en un brevísima espacio de tiempo. ¿Os imagináis lo que ocurriría si ahora estas colosales langostas se multiplicaran de la misma forma?

—Prefiero no hacerlo —masculló estremecido el español, atizando la hoguera.

Después de aquello todos callaron. Waldemar recomendó el descanso a Janine, y el y José se repartieron la noche en dos turnos para la vigilancia. Cuando Waldemar estuvo despierto creyó oír

siniestros chirridos y aún vio a lo lejos fosforecer sangrientamente algunos puntos luminosos, mas a pesar de tener siempre el rifle en la mano no precisó utilizarlo.

A la mañana siguiente, y en tanto Janine atendía a la muchachita, los dos nombres se dedicaron a la tarea de sepultar los destrozados restos del infeliz Dulcroe.

Después de haber desayunado decidieron emprender la marcha. Hicieron sus abluciones en el río, vigilando continuamente ambas márgenes, y cuando hubieron empaquetado todas sus cosas se las distribuyeron como tenían por costumbre. Arlette, viéndose en compañía de unos seres de los cuales no solamente no tenía nada que temer, sino que la trataban con gran afecto y amabilidad, parecía haber cambiado su aspecto, pese a que en sus ojos se reflejara aún el espanto, de haber visto morir a su padre en su propia presencia.

Pero en el momento en que emprendían la marcha una voz enérgica salió de la espesura, deteniéndolos en seco.

CAPÍTULO VII



a sorpresa de Waldemar y sus compañeros fue tan grande que apenas si acertaron a hacer el menor gesto. Permanecieron en el mismo sitio, quietos, inmóviles, como si el solo influjo de aquella voz hubiera bastado para convertirlos en sendas estatuas.

Empuñando firmemente una ominosa pistola ametralladora, un hombre salió de la espesura, encañonando con el arma al asombrado cuarteto. El hombre era aún joven, de unos treinta y cinco años, que parecían ser más a causa de la cerrada barba negra que le cubría el rostro. Sus ojos brillaban agudamente y sus finos labios, denotaban energía y dureza de sentimientos, todo a un tiempo.

—¡Echen las armas al suelo y no me obliguen a repetirlo de otra forma! —dijo.

Con evidente desgana, Waldemar, Janine y José hicieron lo que se les decía. Los fusiles chocaron blandamente contra la hierba.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del recién llegado.

—Muy bien, así me gusta. ¡Vaya! —exclamó—, pero si está aquí la hija de nuestro viejo amigo Pepón Ducroc Arlette, ¿qué ha sido del víbora de tu padre?

La niña dio media vuelta y escondió su rostro lacrimoso en el pecho de Janine, cuyos ojos se inflamaron a efectos de la ira que sentía.

—No está bien hablar así de los muertos, señor mío —dijo, muy irritada.

—¿Cómo? ¿Qué Ducroc está muerto? ¡Eso es imposible! Anoche…

—Anoche —terció Waldemar, procurando contener sus nervios — murió Ducroc.

—¿Lo mató usted, «*monsieur*»?

—No; y prefiero no decirle a usted cómo murió el pobre.

—¡El pobre! —repitió desdeñosamente el desconocido—. ¡El canalla dirá mejor, «*monsieur*»! ¡Nos robó…!

—Sea lo que fuere lo que hizo, ya pagó sus culpas. ¿No se ha tropezado por ahí con unas langostas gigantes? Saltamontes, para que lo entienda.

—¿Langostas? ¿Saltamontes? Usted se cree que Jean Doré se deja engañar así como así, ¿verdad? No me importa que lo matara usted, señor; a fin de cuentas se lo tenía merecido y…

—¡Cállese! —gritó Janine—. ¿Es que no sabe respetar el dolor de esta niña que vio morir a su padre devorado por unas langostas gigantes ante sus propios ojos? Si no nos cree, vaya detrás de nosotros; allí tendrá la prueba de todo cuanto le decimos, Jean Doré.

Éste pareció vacilar un momento; después, volviendo ligeramente la cabeza, gritó lacónicamente:

—¡Raymond! ¡Michel! ¡«Allez-y»!

Se oyó el ruido de unos pasos en las frondas vecinas, sin que pudieran ser vistas las personas que los daban. El silencio volvió a aquel lugar hasta que dos hombres, cuya indumentaria, si era pobre y destrozada, tenían, en cambio, muy bien cuidados los rifles que empuñaban, aparecieron allí, pálidos como difuntos. Cambiaron unas aterradas palabras con Doré y al fin éste se dirigió a

Waldemar.

—Tenía usted razón, señor —dijo—. Ducroc ha muerto. Por unas bestias horribles según dicen mis hombres.

—Así es; y murió salvando la vida de su hija, ayudándola a subir a un árbol. Esto le impidió defenderse, y las langostas lo mataron.

Los párpados de Doré se entrecerraron.

—¿Adónde hemos ido a caer, cielos?

—Mejor sería que nos dijera Usted lo que piensa hacer con nosotros.

—¿No se lo imagina?

Waldemar se estremeció.

—¿Acaso piensa matarnos? —exclamó.

—No —sacudió la cabeza el francés—: solamente tomarles las armas y equipos.

—¡No se atreverá usted! Sería lo mismo que arrojarnos indefensos en las garras de esas horribles bestias que…

Lo siento —dijo Doré con firmeza—; pero necesito sus rifles. Tengo ahí unos cuantos hombres que los aguardan y lo único que lamento es que no sean suficientes para lo que preciso.

—¿Acaso piensa usted, convertirse en capitán de bandoleros? —inquirió Waldemar.

Doré se sobresaltó un instante, rehaciéndose enseguida.

—Eso es cuestión mía, señor —repuso—. ¡Raymond, Michel, tomad las armas!

Los dos esbirros de Doré, ante la impotencia del joven y sus compañeros, despojaron a éstos de cuanto de valor llevaban. Uno de ellos entregó a su jefe el pañuelo de las joyas, arrebatado al español, y los ojos del jefe de los asaltantes brillaron por un instante aún más que las mismas gemas que tenía en la mano.

—¡Un valioso botín, sí, señor! —comentó—. ¿De dónde lo sacaron? Oh, perdón; olvidaba que un caballero no debe hacer ciertas preguntas. Ahora de poco sirve esto, pero un día puede tener su valor y…

Los ojos de Doré brillaron súbitamente. Entregando el pañuelo a uno de sus secuaces, tomó de él un valioso anillo, avanzando hacia Janine.

—Perdón otra vez —dijo—. No me daba cuenta de que ni aun una perfecta belleza como es la de «*mademoiselle*» debe

contemplarse sin alguna presea que le sirva de complemento.

Pero la mano de Janine rechazó bruscamente el obsequio que le hacía el bandido y el anillo rodó por la hierba, en donde quedó, despidiendo brillantes destellos. Doré se echó a reír sonoramente y, sin molestarse en agacharse para recobrar la joya, se volvió, tomando de nuevo su pistola ametralladora.

Agitó la mano en señal de despedida.

—¡Adiós, mis queridos amigos! Solamente me queda desearles buena suerte y…

—¿Por qué no nos mata usted de una vez? —dijo fríamente Waldemar—. ¿No le parece que sería una muerte más rápida y compasiva la que recibiéramos de su metralleta en lugar de morir roídos por esas horribles langostas?

—Qh no, no… Doré no mata sino cuando tiene necesidad de ello. Si ustedes hubieran hecho algún gesto de resistencia, entonces sí, hubiera disparado Pero se portaron tan bien, tan obedientes y disciplinados que…

En aquel momento, y a corta distancia de aquel lugar estalló un griterío ensordecedor. Un aullido de pavor brotó de una garganta humana, y el escándalo hizo volver la cabeza a todo el mundo.

Doré y sus esbirros se lanzaron a la carrera hacia el lugar de donde provenía el alboroto. Waldemar dudó un instante, pero, vencido por una especie de morbosa curiosidad, acabó por seguirlos, olvidado momentáneamente de Janine y los demás, que quedaron algo atrás.

A cincuenta metros de allí se detuvo, espeluznado y horrorizado, pese a que ya iba preparado para presenciar un espectáculo tan espantoso como el que, por segunda vez en poquísimo espacio de tiempo, se ofrecía ante sus ojos, únicamente ahora había variado la especie de insectos, pero, por lo demás, su tamaño y volumen era tan aterrador como los que viera la noche precedente.

Revolcándose por el suelo, lanzando agudos, chillidos, Un hombre se debatía luchando salvajemente por su vida con dos colosales escarabajos de aceradas pinzas, cuyos curvados lomos relucían siniestramente con un oscuro tono marrón de repelente tono. Prudentemente resguardados en las copas de sendos árboles, media docena de hombres contemplaban la singular batalla sin atreverse a intervenir, dado que, como dedujo acertadamente el

joven, estaban completamente desarmados y hubieran corrido un positivo peligro, sin lograr obtener ventaja alguna para el hombre que estaba siendo atacado, y cuya sangre se esparcía ya por el suelo. Aquellos feroces insectos tenían un tamaño aproximado al de las langostas que destrozara el joven, y tal como estaba la situación no era difícil predecir hacia qué lado se iba a decantar la lucha.

Pero la decoración varió inmediatamente cuando Doré, saltando al centro del claro, se llevó la culata de la metralleta a la cara. Apretó el gatillo y una rociada de fuego y balas brotó de la boca del arma.

Doré mantuvo el dedo sobre el gatillo, moviendo el arma en abanico para asegurar la ráfaga. Trozos de la coraza de los escarabajos volaron por los aires, y Waldemar, espeluznado, se dio cuenta de que Doré no hacía distinción alguna entre los voraces insectos y el hombre que éstos habían atrapado.

El silencio se hizo cuando las municiones del cargador se hubieron agotado, y entonces, tanto el hombre como las bestias, quedaron tendidos en el suelo, completamente inmóviles. Waldemar se dijo entonces que era el momento de intentar algo contra su enemigo, y, aprovechando la distracción del que tenía más cercano, saltó hacia él.

Raymond vaciló al verse encima a Waldemar, y sus dudas quedaron súbitamente resueltas por un colosal derechazo que, impactándole de lleno en pleno mentón, lo derribó por el suelo, convertido en una masa inerte. La mano del joven, rapidísima, le despojó del arma más práctica en aquellos instantes: su pistola, con la cual, y de modo decidido, encañonó a su enemigo.

—¡No se mueva, Doré! ¡No se mueva o le juro que le acribillo a tiros aquí mismo!

El forajido abrió los ojos como si no creyera en lo que acababa de ver y oír. Soltó la metralleta y levantó las manos.

—Muy bien —dijo—; usted ganó, «*monsieur*».

En aquel momento Waldemar sintió ruido a sus espaldas. Aprovechándose de la coyuntura, Michel se le, estaba acercando, pero el dedo del joven fue mucho más rápido.

Una raya de fuego brotó del cañón de la pistola. Michel lanzó un aullido y, soltando sus armas, se desplomó al suelo, sujetándose el vientre con ambas manos.

—¡Aprenda, Doré! —rugió Waldemar—. ¡Canalla! ¡Asesinar a uno de sus hombres a sangre fría! ¡No sé cómo me contengo y…!

El bandido movió la cabeza hacia donde se hallaba el montón de despojos formado por el hombre y los escarabajos.

—Ese tipo estaba condenado a muerte de todas formas, señor. ¿Qué iba a ganar con dejarle vivir si aquí no tenemos medios con qué curarlo? Mis balas le hicieron un favor, créame.

La mano del joven se crispó sobre la pistola.

—Cado uno tiene su modo de pensar, Doré, y a mí me dan ganas de suprimirle el suyo, ¡asesino! Sin embargo, no quiero equipararme a usted y le dejaré ir sano y salvo, esperando que se tope con algún insecto que lo haga por mí. ¡Fuera, Doré, fuera!

En aquel momento los ojos de Waldemar captaron una expresión diferente en el rostro de su enemigo. El joven intuyó algo raro y, temiendo una ataque por sorpresa, se volvió.

Una oscura masa de algo indeterminado voló hacia su cabeza. Waldemar quiso evitar el choque con aquel pedrusco lanzado por uno de los esbirros de Doré, pero era tarde ya. La masa oscura se convirtió de pronto en un cegador relámpago, sustituido al instante por una negra noche de absolutas tinieblas.

Antes de caer en ellas, sin embargo, tuvo tiempo de oír el grito que Janine lanzara una décima de segundo antes y que se alejó de sus tímpanos tan rápidamente como la conciencia de su cerebro.

* * *

Se despertó notando que tenía la cabeza apoyada en algo blando, que luego supo era el regazo de Janine. Los amedrentados ojos de Arlette le contemplaban con notable interés, y un poco más allá José masticaba filosóficamente un delgado tallo de hierba.

A unos metros de distancia Doré y su pandilla se entretenían charlando apaciblemente en torno a una pequeña hoguera, sobre la cual había un poco de café. El día tocaba ya a su fin y algunas estrellas comenzaban a brillar en lo alto del firmamento.

—¡Hola! —dijo, sonriendo débilmente, escudando tras el gesto el intenso dolor que sentía.

Janine le miró ansiosamente.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, pero… Oh, diablos, cómo duele…

—El tipo ese —dijo el español— tuvo buena puntería. Y su pedrada fue harto oportuna. Lástima que yo no hubiera estado allí, Waldito; de lo contrario no le hubiera dejado hacerlo.

Waldemar miró al cielo y luego dijo:

—He debido de estar desmayado mucho tiempo.

—Todo el día —repuso Janine—. Fue un golpe muy fuerte.

—No me lo recuerdes —dijo él, haciendo una mueca.

Luego intentó incorporarse y la muchacha le ayudó a quedar sentado en el suelo. Sacudió la cabeza hasta que las nieblas que aún tenía ante sus ojos se le despejaron.

—¿Qué hacen esos tipos aquí? —preguntó—. ¿No decían que se iban a largar enseguida?

—Parece ser que, por alguna razón ignorada, Doré cambió de opinión. Pero esto es sólo momentáneo; en cuanto se haya hecho de noche alzarán el campo.

—¿Y adonde piensan irse?

La muchacha se encogió de hombros.

—No nos lo han dicho, como puedes suponerte.

Pero casi durante todo el día no han hecho otra cosa que discutir.

—Para mí —dijo sentenciosamente José— que están preparando un golpe o un asalto. Dónde, a qué o contra quién, es algo que no nos han dicho, cosa fácilmente comprensible.

—Entonces por eso nos quitaron las armas —murmuró Waldemar.

—Exacto. Y supongo que se orientaron por el estrépito causado cuando matamos a las langostas hace veinticuatro horas. Luego aguardaron la ocasión propicia y… «helas».

Waldemar lanzó un gruñido de asentimiento y se puso en pie. El suelo vaciló un momento bajo sus pies, pero se afirmó enseguida. Entonces Doré levantó sus ojos y lo vio.

Se encaminó hacia él, con un pote de café en la mano, que le alargó obsequiosamente.

—¿El señor se encuentra mejor? —dijo—. Le vendría bien un poco de café, créame.

—Mejor déselo a las chicas —contestó hoscamente Waldemar.

—Ellas y su amigo el español también tomaron antes. Ahora le

toca a usted.

Waldemar consultó con la mirada a Janine y ésta bajó los párpados, asintiendo. Después, en tanto tomaba el pote que le ofrecía el bandido, le dijo con sarcasmo:

—Es usted muy amable ofreciendo lo que no es suyo, Doré.

El aludido soltó una franca carcajada.

—¿Cómo dice el señor? ¿Que no es mío este café? Todo lo que está en poder de Jean Doré es suyo, «*monsieur*». ¿Acaso lo duda usted?

—No, si lo tomamos en este sentido. —Waldemar alzó la mano y brindó—: ¡A su salud, señor bandido!

Doré se inclinó, agradeciendo la gentileza con una reverencia.

—El señor es muy amable conmigo y Jean Doré se siente muy desgraciado al no poder corresponderle. ¿Desea algo de comer el señor?

—Parece que me está tratando como si fuera un condenado a muerte, Doré. ¿Qué pensamientos se esconden detrás de su frente? —dijo Waldemar, mirándolo oblicuamente.

—Oh. El señor es muy suspicaz. Doré no piensa hacerles ningún mal; ni siquiera tomar la menor represalia por haber intentado, lógicamente en cierto modo, evadirse a nuestra vigilancia. Lo único que haré es —añadió, endureciendo bruscamente su tono— dejarlos aquí, concediéndoles graciosamente la vida.

—Es usted muy generoso, Doré —replicó Waldemar irónicamente—. La vida, ¿eh? Sin armas, sin alimentos, sin posibilidad de procurárnoslos y a merced de esas fieras en que se han convertido los insectos que antiguamente vivían en la comarca.

El bandido encogió los hombros.

—Mala suerte, «*monsieur*» —dijo—. Es la nueva ley que rige ahora nuestro mundo. Realmente, no tendría ningún inconveniente en que me acompañaran ustedes, pero con toda seguridad serían un estorbo para mis planes, cuando no un impedimento que no estoy dispuesto a tolerar, porque no soy de los que se ponen impedimentos a sí mismos. Bastante hago con dejarlos vivos —concluyó el bandido con tono muy duro.

Waldemar le devolvió el pote vacío.

—Sus palabras me confirman que va a emprender usted una acción que puede ser calificada de cualquier cosa menos de honesta.

Francamente no les deseo el triunfo, sino una derrota completa, sea lo que sea esto que van a hacer.

—El señor es muy dueño de hablar, cosa barata en estos tiempos —sonrió irónicamente Doré—. Está bien; les dejaré un par de latas para que se las arreglen el primer día. Después… Yo también me encontré en una ocasión como ustedes, sin otra cosa que las manos… ¡y ya me ven ahora! ¡Señoritas, señores, «au revoir»!

Y dicho esto Doré se volvió hacia sus esbirros, lanzándoles unas cuantas órdenes a grito pelado, con lo que los forajidos se aprestaron a levantar el campo, cosa que hicieron con singular orden y habilidad. En pocos momentos quedaron listos para la marcha, y cuando ya la iban a emprender Doré volvió junto a ellos con las latas prometidas, que dejó en el suelo a prudente distancia de sus excautivos.

—¡Suerte, «mes amis. Adieu»! —Y no dijo más, pues girando sobre sus talones ganó la cabeza de la pequeña columna y con ella desapareció en contados segundos de la vista de aquellos cuatro personajes que ahora, sin armas y casi sin víveres, se sentían terriblemente desamparados.

El silencio más absoluto cayó sobre aquel lugar cuando los forajidos se hubieron ido. Luego, un tenue soplo de viento agitó las copas de los árboles, haciéndolas susurrar siniestramente, como fúnebre presagio de los males que les estaban aguardando.

CAPÍTULO VIII



l viento cesó bruscamente, haciendo aún más siniestra aquella ausencia de todo sonido, sin que ninguno de los cuatro se atreviera, atontados y aturdidos por lo que les había ocurrido, a emitir una sílaba tan siquiera. Unas horas antes se habían considerado poco menos que los dueños del mundo, y ahora, salvo las ropas que tenían puestas y las dos latas de conservas que Doré les había regalado, acaso con más sarcasmo que con verdadero deseo de aliviarles la precaria situación en que les dejaba, no poseían absolutamente nada.

Después de un buen rato, Waldemar se atrevió a hablar.

—Debemos hacer algo. No podemos continuar así indefinidamente.

—Por supuesto —asintió el español—, pero ¿qué es lo hemos de hacer? ¿Dormir? ¿Marchar? Y en este caso, ¿hacia dónde?

Janine dijo algo muy pensativa, como si estuviera monologando consigo misma.

—Cuando esos tipos discutían lo que, indudablemente, debía ser el plan que se han trazado, oí un nombre. El de un pueblo. No completo, pero recuerdo que era el de un santo.

Los ojos de Arlette se iluminaron de pronto.

Preguntó:

—¿Te refieres a Saint Médard?

—¡Sí, el mismo! —exclamó Janine, alborozada—. ¿Cómo lo sabes tú, Arlette?

—Se lo oí mencionar a papá en cierta ocasión. Nosotros íbamos con Doré, ¿sabes?, y nos separamos de él hace unos días. Fue entonces cuando nos quedamos solos, cuando papá lo mencionó.

Waldemar miró a la niña, súbitamente interesado.

—¿Y qué más dijo tu papá de Saint Médard, Arlette?

—Nada más, excepto que… que tenía que llegar allí cuanto antes y que era urgente caminar muy aprisa.

José chasqueó sonoramente los dedos.

—«¡Ya está! Esos tipos andaban buscando a Ducroc, es decir, al padre de la niña, para impedirle que llegara a ese pueblo. ¿Se fijaron en la expresión de sorpresa y alivio del granuja de Doré cuando se enteró de su muerte?

—Eso quiere decir que Doré había preparado el golpe de antemano y que trataba de evitar que Ducroc se fuera de la lengua. ¿Por qué? —dijo Waldemar.

—Porque —le contestó la misma Janine— allí debe vivir alguien que tiene algo de valor y que le interesa a Doré. ¿Se dieron cuenta de la alegría que tuvo al quitarnos nuestras armas?

—¡Ajá! ¡Naturalmente! Saint Médard debe de estar habitado y Doré lo sabe. En ese pueblo vive alguien que no quiere comportarse como una fiera, sino como persona y naturalmente, ha estado trabajando y procurándose bienes de consumo de los cuales carecen esos bandidos. Van ahora, de noche, para sorprenderlos en su descanso y asesinarlos si se resisten o, en todo caso, con sangre o sin ella, apoderarse de lo que esos seres han podido conseguir.

—Pero nosotros deberíamos impedirlo —exclamó Janine.

—Por supuesto, pero ¿sabemos hacia dónde cae Saint Médard? —objetó el joven—. ¿Tú lo sabes, Arlette?

La niña meneó la cabeza.

—No. Papá no me dijo otra cosa más que era necesario llegar

allí cuanto antes.

Waldemar juntó las manos con rabia.

—Es de noche, no sabemos dónde estamos y… Bien, creo que lo mejor que podemos hacer es seguir la misma dirección que llevaban Doré y sus amigotes. Ellos no sospechan que conocemos sus intenciones, con lo cual tenemos cierta ventaja, que se compensa con la rapidez dé su marcha. ¿Vamos, amigos?

Galvanizados por las palabras del joven, las chicas y José se pusieron en pie. Para no llevar estorbos, consumieron allí mismo, en un santiamén, el contenido de las latas, y después se dispusieron a la marcha.

Pero antes José objetó que no podían caminar sin armas.

—¿Y cómo piensas fabricarlas? —preguntó Waldemar.

El pie del español golpeó las latas significativamente.

—Tenemos esto y hay piedras, y con los dos elementos te hago un par de cuchillos que, si no cortarán mucho, pobre del que le pinche con el mío. Aguardad unos momentos y lo veréis.

Era innegable la habilidad manual del español, el cual, en un plazo relativamente breve, preparó unas rudimentarias armas, doblando varias veces sobre sí el metal de las latas y golpeándolas hasta machacarlas por completo, dándoles así una relativa consistencia. Unos minutos más tarde Waldemar y José tenían en las manos algo que, si en estricta justicia no se podía llamar cuchillos, en cambio tenían punta y se podían clavar en la carne de cualquier enemigo, lo cual, en aquellas circunstancias, no dejaba de constituir un aliciente.

—Me siento como un náufrago en una isla desierta —masculló el joven, tratando de orientarse por las estrellas, una vez hubo fijado la dirección en la cual habían marchado los forajidos. Caminaron rápidamente, tomándose un breve descanso de vez en cuando, para no fatigar mucho a las chicas, y en especial a Arlette. El alba llegó, encontrándolos bastante cansados, por lo que Waldemar decidió hacer alto.

Janine y Arlette, fatigadísimas, se tumbaron en el suelo, quedándose dormidas al instante. José iba a imitarlas, pero Waldemar le hizo seña de que le siguiera.

—¿Qué ocurre? —preguntó el español en voz baja.

—Vamos a ver lo que se divisa desde ahí arriba —contestó el

joven—. Luego, si es necesario, nos echaremos a dormir.

José asintió y los dos hombres emprendieron la subida a la cercana colina, desnuda completamente de árboles, que se alzaba ante ellos. Mediría apenas unos cien metros de altura, los cuales fueron recorridos con cierta facilidad.

Al llegar a la cumbre los dos hombres se detuvieron, asomando apenas la cabeza para no ser vistos. Pero sus pupilas captaron la imagen de una aldea situada casi en el horizonte, en el centro de la curva de un río que, brillando como de plata en aquellas horas del amanecer, la rodeaba casi por completo.

No se divisaba ningún detalle de la aldea, por lo que ignoraron si estaba en buen estado o, por el contrario, se hallaba derruida por algún bombardeo. Pero, juzgando por la dirección que habían seguido, Waldemar dedujo que debía estar por completo fuera de una zona contaminada, cosa que apoyaban las palabras de Doré y sus hombres. Parecía también hallarse desierta, ya que no se veía salir ninguna nube de humo de sus chimeneas; mas siendo la hora que era, parecía también muy probable que no se hubiera encendido aún algún fuego en la población.

Waldemar y José emprendieron el descenso hacia el lugar donde habían dejado a las muchachas, hallándolas perfectamente. El joven, en lugar de echarse a descansar, buscó una rama de árbol, lo más recta posible, que desgajó con las manos, entregándose luego de lleno a la tarea de desbastarla y fabricarle una aguzada punta, cosa que le llevó un buen trozo de la mañana, el español le imito, y así los dos pudieron reforzar el precario armamento de que disponían.

Al hallarse el sol en el cénit reemprendieron la marcha, después de haber despertado a las chicas. Janine, en tanto caminaban, preguntó:

—¿Y si el llegar allí nos encontramos con Doré y su pandilla?

—No lo creo; estoy seguro de que no han querido acercarse aún a Saint Médard.

—¿Por qué lo afirmas tan rotundamente?

—Por la sencilla razón de que tampoco han tenido tiempo de llegar a la aldea, y si aquí hay gente y piensan asaltarlos, no lo harán de día, que es cuando se les puede ver llegar desde muy lejos. Esperarán a la noche, cuando estén todos dormidos o, si tienen

algún vigilante, el espacio visible queda lógicamente muy reducido.

—Pero —arguyó Janine—, si nosotros nos acercamos seremos vistos por unos o por otros. Y si éstos son Dore y los suyos…

—Antes de llegar al río hay muchos árboles, y junto a él un espeso bosque. Procuraremos caminar con toda precaución para llegar a la aldea antes de que sea de noche. El resto… bien, es ya cuestión de suerte —concluyó Waldemar.

Durante un buen rato ninguno de los cuatro habló. El joven abría marcha, vigilando atentamente los menores accidentes del terreno, en tanto que José cuidaba de la vigilancia de la retaguardia, llevando a las chicas en el centro. Por regla general el terreno tenía una pendiente en descenso, suave, pero que facilitaba notablemente la marcha, a pesar de lo cual el calor, en pleno verano, se dejaba notar fuertemente.

Caminaron sin cesar, acuciados por la urgencia de llegar cuanto antes a la aldea. Buscaron las sendas más disimuladas, evitando cuidadosamente los espacios abiertos y, en todo momento, sin abandonar la protección de árboles y matorrales. La distancia que había a la aldea empezó a disminuir sensiblemente, al mismo tiempo que el sol caía hacia el Occidente.

De pronto, Waldemar, que iba en cabeza, se detuvo, alargando el brazo silenciosamente. Janine y los otros dos le imitaron.

—¿Qué pasa? —inquirió la muchacha, con un siseo. Waldemar la redujo al silencio con un enérgico gesto.

Un ruido extraño se elevó en la tórrida calma de aquella tarde. Parecía como si alguien estuviera chocando unas enormes castañuelas no lejos de allí, produciendo un tableteo seco, de enorme sonoridad, pero con unos tonos terriblemente fúnebres. Waldemar sintió por un momento que se le doblaban las rodillas, mas, dominándose, consiguió disimular el pánico que le había asaltado por un brevísimo momento.

Precautoriamente, sin hacer el menor ruido, moviéndose como espectros, caminaron hacia el lugar de donde salían aquellos lúgubres chasquidos. Caminaron a través de un trozo de terreno cubierto por monte bajo, que no obstante, les ocultaba hasta más arriba de la cabeza y, de pronto, salieron a una especie de claro.

Waldemar retrocedió como si le hubiera picado un áspid, obligando a los demás a hacer lo propio. Había sido un segundo, la

visión no había durado más, pero había sido más que suficiente para darse cuenta del horror que había al otro lado de los matorrales.

Cuarenta o cincuenta enormes hormigas, del tamaño de un perro de San Bernardo, estaban allí, devorando pacíficamente, al menos en apariencia, los tiernos retoños de las plantas que había en aquel lugar. Las patas y las antenas de las hormigas se habían desarrollado de modo espantoso, y sus ahora colosales mandíbulas eran las que producían aquel espeluznante ruido al triturar los vegetales que precisaban para su alimentación.

Siempre, sin hacer el menor ruido, Waldemar dio la orden de retroceder, para alejarse de aquella bandada de insectos gigantes, que podían destrozarlos con toda facilidad, y así lo hicieron, pero no habían dado media docena de pasos, cuando, de pronto, un sordo zumbido hirió sus tímpanos.

Todavía no se habían concluido las visiones de pesadilla. Un par de enormes avispones, grandes como pavos, volaban muy lentamente, agitando sus alas con movimientos fácilmente perceptibles. Waldemar empujó a las chicas al interior de un matorral, y él y José hicieron lo propio, para escapar a la mirada de los coleópteros, cuyo aguijón, de diez centímetros al menos de largo, se contraía y dilataba, escondiéndose y saliendo alternativamente de su pintarrajeado vientre, con espasmódicos movimientos, que helaban la sangre en las venas.

El zumbido de los avispones se mezcló repentinamente con un aumento del tableteo de las mandíbulas de las hormigas. Era evidente que aquellas avispas, desarrolladas anormalmente por la alteración causada en sus cromosomas por la radiación, eran enemigas natas de las hormigas y, teniendo hambre, precisaban una víctima para satisfacerla. Esta víctima era la misma de la cual se habían alimentado durante milenios, pero ahora la cosa, como muy pronto iban a ver a sus expensas Waldemar y los otros, había cambiado notablemente.

Desde el punto en que se hallaban, temblando literalmente de pánico unos y otras, vieron a las avispas desplomarse sobre sus respectivas presas. Aquel largo aguijón, capaz de fulminar a un hombre con su mortífera, puñalada, se hundió en el abdomen de una hormiga, la cual, en el acto, agitó desenfrenadamente sus patas

y antenas.

Las cuatro insectos, luchando fieramente, se revolcaron por el suelo unos instantes, ante la momentánea pasividad del resto de las hormigas que no habían sido atacadas, pasividad que era debida también al instinto de conservación desarrollado en ellas durante el mismo tiempo que a las avispas el de agresividad. Éstas, habiendo dominado a su presa con varios aguijonazos bien dados, después de inmovilizarla con los centuplicados efectos de su veneno, intentaron remontar el vuelo.

Pero entonces ocurrió una cosa inesperada. Las alas de las avispas se movieron con ritmo cada vez más acelerado, en tanto que producían unos zumbidos realmente ensordecedores. Conseguida la presa, los coleópteros trataban de llevársela a sus nidos, tal como lo habían hecho durante millares de siglos.

Pero ahora ocurría algo que fallaba. Por más esfuerzos que hacían, no conseguían ganar altura, continuando clavadas en el suelo, junto a sus presas. Las avispas parecieron sorprenderse por aquella cosa, tan inaudita y extraña para ellas, y después de un segundo de haber casi detenido los movimientos de sus alas, redoblaron sus esfuerzos.

Ocurrió exactamente igual, no podían despegar. El peso de las hormigas resultaba excesivo para la patencia de sus alas y, pareciendo convencidas de la inutilidad de sus tentativas, trataron de abandonar a las hormigas.

Era tarde ya. El resto de los insectos, reaccionando furibundamente contra sus enemigos seculares, arremetió contra ellos, con un enloquecedor estrépito de mandíbulas que chocaban entre sí, ahogando el fuerte zumbido de las alas. En un segundo, aquellos avispones quedaron sumergidos bajo una marea de negros cuerpos, en la que bullía una infinidad de patas y antenas agitándose frenéticamente, y no tardaron en sufrir una derrota completa, que entre aquellos seres no podía equivaler más que a una cosa: a la muerte.

Waldemar decidió aprovechar aquel momento y, empujando a sus compañeros, los hizo salir del refugio, en el mayor silencio, arrastrándose por el suelo a toda prisa, hasta que se consideraron relativamente a salvo. Entonces, poniéndose en pie, corrieron a toda velocidad de sus piernas, hasta que se notaron cubiertos de sudor de

pies a cabeza y el corazón les amenazó con dejar de latir.

Exhaustos, derrengados, literalmente espeluznados por cuanto acababan de ver, sé dejaron caer en un lugar situado ya a la entrada del bosque que lindaba por la otra parte del rió. Permanecieron allí unos momentos, recobrando el habitual ritmo de su respiración, y sólo entonces la muchacha, Janine, se atrevió a romper el silencio.

—¡Qué cosa tan horrible, Wald! —exclamó—. Jamás hubiera sido capaz de imaginármela.

—No me la recuerdes —se estremeció el español, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo—. Estamos en pleno verano, pero me siento tan frío como si me hallara en el Polo.

—La cosa no es para menos —dijo Waldemar—. Y me parece que aún tendremos que ver más.

—¿Más? Por favor, Waldito…

—Una pregunta —dijo entonces Janine.

—¿De qué se trata? —respondió el joven.

—De las avispas gigantes, Wald. ¿No te has dado cuenta de que volaban muy despacio? Como si les costara un gran trabajo hacerlo, en medio de grandes dificultades… No soy un científico ni mucho menos una entomóloga, pero conozco lo suficiente del asunto para saber que, en su prístino tamaño, las avispas podían volar siempre que atrapaban una presa semejante. ¿Por qué ahora no pudieron?

Durante unos instantes, Waldemar meditó, tratando de hallar una respuesta. Al fin, creyó haberla hallado.

—Me parece que ya tengo la explicación —dijo.

—Sí; eso es, y no cabe otra manera de aclararlo. Al crecer su tamaño, el de unos y otros, el peso respetivo ha aumentado. Pero la potencia relativa de los músculos que mueven las alas de la avispa no ha aumentado en la misma proporción. Esto es una consecuencia inexorable de la ley que mencioné anteriormente acerca de la extinción de las especies animales, a medida que el tamaño de éstas es mayor. Los miembros se degradan e incluso llegan a desaparecer, como es el caso de las inútiles alas del avestruz que, en el caso más optimista, le sirven apenas para ayudarse un poco en su carrera, pero no para volar. Las diminutas patas delanteras del canguro son otra prueba; éste, prácticamente, se vale de sus patas traseras y de su musculosa cola para avanzar a grandes saltos.

»Y aquí, a las avispas, les está ocurriendo lo mismo: pesan

demasiado para sus actuales alas. ¿Visteis con qué lentitud las movían? Normalmente, una abeja mueve las alas con tal rapidez que apenas si la retina es capaz de captar la imagen de esas ellas, agitándose a miles de vibraciones por segundo. Pero ahora ese ritmo estaba notablemente mucho más reducido, como es el caso de los élitros de las langostas que nos atacaron De haber conservado éstos su potencia primitiva, no habríamos tenido tiempo de defendernos tan siquiera; habrían saltado sobre nosotros con la rapidez del rayo.

—En resumen —dijo el español—, que cuanto más grandes, más torpes.

—Es una manera como otra cualquiera de señalar la degeneración que están sufriendo esas especies de insectos, que han sido tan afectados por las radiaciones nucleares. Lo que acaso hubiera tardado unos millares de años, ahora, en cambio, se ve acelerado por efecto de esa misma contaminación.

—¿Crees, pues, que llegarán a desaparecer, Wald? —sugirió Janine.

—No puedo predecir nada, sino únicamente suponer que su número, afortunadamente para nosotros, no será tan grande como debiéramos temer. Pero esto tampoco seré, cuestión de un día, ni de muchos años tan siquiera.

—Bueno —se encogió el español de hombros—; a falta de otra cosa tendremos que contentarnos con…

José se interrumpió repentinamente, porque un sonido claro y vibrante acababa de rasgar la plácida calma de aquel atardecer. Y aquel sonido tenía unos tonos secos, claros, completamente inconfundibles: era el producido por el disparo de un arma de fuego.

Capítulo ix



os ecos del disparo, tableteantes, se perdieron por las colinas próximas al bosque. Instintivamente, aquellas cuatro personas dieron por olvidado su cansancio y se pusieron en pie.

—¿Doré? —sugirió Waldemar a media voz.

Ninguno de sus compañeros tuvo tiempo de contestarle; inmediatamente estalló un feroz fuego de fusilería y armas automáticas, cuyo estruendo, a pesar de que se producía a unos dos o trescientos metros de distancia, era ensordecedor. Alguna bala silbó alta por encima de, ellos, mas parecía disparada sin rumbo, al azar.

Se miraron entre sí.

—Deben de estar atacando Saint Médard —dijo el español.

—Lo cual quiere decir que hemos llegado tarde —masculló el joven, rabioso.

—Pero no podemos quedarnos aquí; hemos de hacer algo por

ellos —exclamó Janine.

Waldemar la miró, mordiéndose los labios; después dijo:

—Está bien; vamos a ver qué ocurre, pero teniendo siempre cuidado. Si ese Doré nos echara la vista encima no tendría ahora tanta compasión de nosotros como tuvo antes.

Sin vacilar, y conservando el mismo orden de marcha, la emprendieron de nuevo, guiándose por el fragor del tiroteo, que parecía haber amainado bastante, aunque sin dar señales de cesar del todo El bosque era muy espeso, lo cual facilitaba notablemente el ocultamiento, y así, en contados minutos llegaron a su término.

Pero no sé asomaron al borde del río, sino que se quedaron ocultos tras un grupo de árboles, contemplando la escena que sucedía a menos de cien metros de distancia.

El río tendría aproximadamente una tercera parte de anchura, y las aguas se deslizaban mansamente por su cauce. La aldea se hallaba un poco más abajo, frente a un antiguo puente de piedra, cuyo ojo central faltaba, volado sin duda por alguna carga de dinamita, para impedir el paso de un hipotético atacante, desembarcado después del bombardeo nuclear. En vista de que tal contingencia no se había producido, el tramo destrozado había sido substituido por una pasarela provisional, apenas capaz para dos o tres personas, pero en modo alguno para vehículos. La lucha se había circunscrito a la posesión del puente, más el estrépito principal se oía al otro lado del mismo, a la entrada ya de la pequeña aldea.

De pronto, el tiroteo cesó, casi tan bruscamente como había empezado. Waldemar se puso en píe, crispando los puños.

—¿Habrán ganado esos canallas? —dijo.

—¿Y si nos acercáramos a ver en qué ha quedado la cosa? Yendo por la parte de dentro del bosque podemos llegar casi hasta la entrada del puente, sin ser vistos. De retroceder ya tenemos tiempo, ¿no? —sugirió José.

—Vamos, pues —dijo Waldemar, cuya impaciencia le hacía hervir la sangre.

Echó a andar el primero, sin casi preocuparse de las chicas.

Todavía no habían recorrido la mitad del camino, cuando, de pronto, oyeron el ruido de unos, pasos precipitados. Waldemar saltó tras un árbol, al mismo tiempo que hacía frenéticas señas con las

manos a sus compañeros para que le imitasen.

José y las dos chicas le obedecieron, justo en el momento, en que un hombre aparecía, corriendo desalado, con la lengua fuera, mirando con frecuencia hacia atrás, como si le persiguieran cien legiones de diablos. Waldemar reconoció al instante en él a Raymond, uno de los esbirros de Doré, y sin vacilar, puso en práctica una idea que acaba de ocurrírsele.

El joven tenía en la mano el palo con que se armara antes. En el momento en que el forajido pasaba a su altura, se lo arrojó entre las piernas. Raymond tropezó y cayó.

Al caer alargó instintivamente las manos para apoyarse en el suelo, soltando el rifle de, que despojara anteriormente a José. El español, lanzando un rugido de alegría se abalanzó sobre el arma, pero ésta había pasado ya a manos de Waldemar, quien, empuñándola sólidamente, intimidaba con ella al bandolero.

—¡Arriba, Raymond! —le ordenó secamente.

El aludido, con un abyecto pánico retratado en los ojos, le obedeció, brazos en alto.

—¡Por el amor de Dios! —sollozó—. ¡Déjeme ir! ¡Esos individuos me colgarán si me cogen!

El cañón del rifle se le incrustó bruscamente cuando Waldemar le obligó a caminar en; dirección opuesta a la que había traído.

—¿Y qué otra cosa mereces, granuja? ¿No era eso lo mismo que pensabais háeer con esos infelices? ¡Andando, bandido, o té meto una bala en la espalda!

La columna, llevando en cabeza a Raymond, se acercó a la aldea. Pero apenas hablan salido a la carretera que daba al puente, cuando tres o cuatro hombres, muy jóvenes todos ellos, a excepción de uno de mediana edad, que parecía su jefe, se les echaron encima, apuntándoles con sus armas de fuego de todas clases.

—¡Tire el rifle! —ordenó aquel hombre.

Waldemar, un poco asombrado, parpadeó.

—Me parece que usted se equivoca, amigo. Yo no…

—Yo no soy su amigo —contestó el otro ásperamente—, y no pienso darle otra oportunidad. La próxima vez hablará mi rifle, ¿entiende?

Waldemar asintió y dejó caer el arma, que fue recogida prestamente por uno de los jovenzuelos. El hombre sonrió ahora.

—De modo, que pensaban engañarnos, ¿eh? Pues ahora verán todos ustedes lo que es bueno. ¡Echen a andar y no hagan el menor gesto sospechoso o los acribillamos!

—Insisto en que está en un error. Nosotros no estamos aliados con esos bandidos, como usted juzga, sino que, por el contrario, somos enemigos suyos. ¿No vio cómo traíamos a éste que había conseguido escapar?

El hombre sonrió.

—¿Piensa que soy idiota? Éste es un truco muy gastado, conque… ¡Vamos, andando!

Waldemar se sintió bruscamente empujado y estuvo a punto de caer cuando la culata de un rifle le golpeó duramente los riñones. Se volvió, mirando airadamente al muchacho que le había propinado el golpe, pero éste le hizo una mueca de burla. Las manos de Waldemar se crisparon de rabia, en tanto que su rostro se enrojecía, pero Janine, corriendo a su lado, supo contenerlo.

—Por favor, Wald —le suplicó—; ten un poco de paciencia. Luego podremos explicarnos y…

—¡Sí, eso es! —dijo el jefe de sus guardianes, con una sonrisa misteriosa—. Luego podrán explicarse.

Atravesaron el puente, cruzando de uno en uno la pasarela de tablones que había. El piso formaba un ángulo, de gran abertura, y apenas llegaron a la cima, comenzó el descenso, pero entonces vieron algo que les heló la sangre en las venas.

A la salida del puente había una especie de plazoleta, de unos veinte metros de diámetro, enmarcada por unas casas que se caían, tanto de puro viejas como por el abandono en que hasta entonces habían sido tenidas. Había bastantes cuerpos tendidos en el suelo, en medio de oscuras manchas de sangre, pero, sin embargo, repartidos en dos grupos.

Waldemar calculó que aquéllas debían ser las pérdidas sufridas por ambos bandos. Más no estaban allí todos los cadáveres.

También había dos o tres que colgaban, pendientes del cuello, de sendas ventanas, habiéndose pasado las cuerdas por sus travesaños. Entre ellos, y con el rostro horriblemente desfigurado por la agonía, podía reconocerle a Doré, ejecutado sumariamente por los habitantes de Saint Médard, Waldemar se estremeció, pensando en que iban a aplicarles a ellos una clase de justicia tan

expeditiva. Un grupo, formado por una docena de mujeres de todas las edades, les aguardaba allí, y en su mirada no podía verse otra cosa que odio.

Uno de los jovenzuelos corrió a por cuerdas, en tanto los otros custodiaban a los prisioneros. Despreciando el posible peligro de un disparo, Waldemar se acercó al jefe.

—Oiga, ¿qué es lo que piensan hacer con nosotros? ¿Acaso quieren colgarnos como a ésos?

—¿Y qué otra cosa se merecen ustedes? —gritó el hombre, furioso, exasperado—. Vea esos muertos, señor. Eran hombres inocentes, que vivían aquí de un modo pacífico, trabajando para sí y sus familias, tratando de crearse una nueva vida en este mundo destruido. Vinieron Ustedes y ¿qué ocurrió? Destruyeron sus vidas, sencillamente, sólo por apoderarse de cosas que nosotros poseemos gracias al fruto de nuestro duro y exclusivo esfuerzo. Su sangre pide justicia, ¡y por Dios, que nosotros la haremos!

—Está engañado, amigo. Nosotros veníamos a avisarles de que Doré y su banda querían atacarles. También nos atacó a nosotros, despojándonos de las armas y municiones que poseíamos. Ese rifle que usted nos quitó era nuestro, no de Doré. Y a Raymond le aprehendimos cuando huía de ustedes, ¿o no lo vieron?

—Ya le dije antes que Martin Henadec no se deja engañar tan fácilmente, así como así —insistió tozudo el hombre—. Como fracasó su intento, ustedes, acompañados de las chicas, querían infiltrarse para dar un segundo golpe, en condiciones más favorables. Pero ahora ya no lo harán; nosotros, los pocos habitantes de Saint Médard se lo impediremos.

—No sabe lo que hace, Henadec. Cometerá un terrible error si nos ahorca y… ¿por qué no le pregunta a Raymond? ¿Por qué no le pregunta a la niña? ¿Cree que esta chica de doce años sería capaz de mentirle, Henadec?

El jovenzuelo que había ido en busca de cuerdas corrió hacia ellos con los fatídicos instrumentos de muerte en las manos, ya hechos los lazos.

—¡No puede hacer, eso con nosotros, Henadec! ¡Se está equivocando…!

—¡Cállese!

—No quiero. Henadec, ¿va a ser capaz también de ahorcar a las

dos chicas? Una de ellas tiene doce años; ¿la cree capaz de un crimen?

—En éste mundo todos somos capaces de todo —contestó fríamente Henadec—. ¡Vea esos hombres muertos! ¿Qué mal les habían hecho?

—Ninguno —contestó el joven—. Ni nosotros a ellos tampoco, por la sencilla razón de que no disparamos. Cuando les atacaron estábamos a más de quinientos metros de aquí, al otro lado del bosque. ¿Por qué no le pregunta a Arlette Ducroc? Sus doce años no la dejarán mentir; téngalo por seguro, Henadec.

De pronto una de las mujeres lanzó un agudo grito. Todo el mundo se volvió a mirarla instintivamente. Era una cuarentona, aún guapa, rolliza, cuyas usadas ropas denotaban, en su negro color, la reciente pérdida de algún ser querido. Sin poderse contener, aquella mujer avanzó hacia el grupo de prisioneros.

Tomó a la niña por los hombros y la miró fijamente.

—¿Eres tú la pequeña Ducroc?

—*Oui, madame* —dijo la niña, haciendo una ligera genuflexión.

—¿Y tu papá, el granuja de Pepón?

—Murió anteayer, señora.

—¿Lo mataron estos hombres?

La niña sacudió la cabeza enérgicamente.

—¡Oh, no, no…! —exclamó con energía—. Lo mataron unas horribles bestias… —Y de pronto, sin poderse contener, dio media vuelta y, refugiándose en los brazos de Janine, se echó a llorar.

La mujer se volvió hacia el jefe.

—Creo que éstos dicen la verdad, Henadec. Acaso Ducroc fuera una mala persona, pero, si murió, pagó todas sus culpas. Por mi parte, creo lo que dice la niña.

—La niña no ha dicho aún nada —gruñó hosco Henadec—. Señora Vadim, mejor será que se eche a un lado; hemos de terminar una faena que no tiene nada de agradable y…

—¡Martin Henadec! —gritó la viuda—. No te permitiré que toques a un solo cabello de la niña sin antes haberla interrogado convenientemente. Si quieres, llévatela lejos, donde pueda hablar y expresarse con toda tranquilidad, pero habla con ella. Después, obra según lo que te cuente.

Henadec asintió y, cambiándose la metralleta de mano, arrastró

por un brazo a Arlette, llevándosela tras la esquina de una casa. Dada la actitud sanguinaria de aquellos aldeanos, Waldemar temió por la suerte de la niña, pero hubo de tranquilizarse cuando, después de un cuarto de hora de tenso silencio, volvió junto con ella.

La soltó y entonces tomó por el cuello a Raymond, arrojándolo al centro de sus secuaces.

—¡Ahorcadlo! —dijo lacónicamente.

El forajido gritó y pataleó sollozante, pero todos sus esfuerzos resultaron baldíos. Un lazo le pasó por el cuello, y sus aullidos de pavor fueron cortados bruscamente cuando la cuerda ejerció su brutal y fatídica presión. Janine cuidó de apartar de los ojos de Arlette tan horrendas visiones, y aun ella misma volvió la vista para no contemplar aquella sumaria ejecución.

Cuando el forajido hubo muerto, Henadec avanzó hacia Waldemar, alargándole la mano.

—Le pido mil excusas, señor Corley. Realmente, no sé cómo…

Waldemar respiró a pleno pulmón.

—Dejémoslo, ¿quieté? Solamente, como ya dije, queríamos avisarle, pero se ve que llegamos tarde.

—No hubiera ocurrido así si uno de nuestros hombres no se hubiera topado, de modo imprevisto, con esos forajidos que estaban aguardando ocultos en el bosque la llegada de la noche, esto les obligó a anticipar el golpe y… ya vio usted, Corley —añadió pesarosamente Henadec—,¡murieron cinco de los nuestros, y somos tan pocos!

Waldemar asintió. Luego hizo una pregunta.

—Asi, pues, ustedes estaban tratando de organizarse, ¿no?

—Cierto, señor Corley…

—Llámeme Waldemar o Wald, como lo prefiera, por favor. Me siento más a gusto —sonrió el joven.

—Sí —continuó Henadec—. Somos pocos, pero queríamos vivir como personas y no como fieras. Aunque nos hayamos visto obligados a portarnos como éstas. Pero antes no rechazábamos a nadie que viniera con buenas intenciones, y como sufrimos algunos desengaños, a partir de entonces decidimos aplicar nuestra dura ley a todo el que se acercase aquí.

—Tendrán que hacer una excepción con nosotros —sonrió

Waldemar.

—Considerando sus buenas intenciones, en efecto, siempre que traten de mantenerlas.

—Por mi parte no deseo otra cosa, Henadec —respondió el joven —. Detesto el nomadismo, excepto en época de vacaciones, pero esta palabra no tiene aplicación ahora, y la verdad, salvado este enojoso momento de confusión, me alegro de haber llegado aquí. Hay mucho que hacer, nuestro camino es largo, pero por mi parte, pondré todo mi esfuerzo en ayudarles, sin restricción alguna.

—Lo celebro infinito, Wald. —Dijo el francés—. Y ahora hemos de cumplir con un triste deber.

—Le ayudaremos mi amigo José Martínez y yo —dijo Waldemar.

Vio que la señora Vadim, tomando a cada chica por un brazo, se las llevaba de alli, y quedó tranquilo.

Era ya pasada la medianoche cuando dieron fin a su fúnebre tarea. Los cadáveres fueron sepultados en el pequeño cementerio de la localidad, y después de eso, Waldemar, cansado y exhausto, siguió a Henadec por las tortuosas calles del pueblo, hasta llegar a una casa de buen aspecto, con la puerta férreamente cerrada, pero que se abrió para darles paso apenas la mano de Henadec golpeó las maderas.

La señora Vadim les abrió en persona, alumbrándose con un primitivo velón de aceite, que a Waldemar, acostumbrado a las privaciones de los últimos tiempos, le pareció el como del refinamiento. La viuda les guió hasta una amplia habitación, en la que se hallaba una gran mesa, sobre la cual se veían dispuestos varios platos.

—Siéntense —dijo, mirando de un modo singular al español, quien, a su vez, la favoreció con algo que a él le pareció disimulado guiño—; enseguida les traeré algo de comer. Ah, las chicas ya cenaron y ahora descansan. Las pobres estaban rendidas.

Waldemar suspiró en tanto se sentaba a la mesa, junto al español, Henadec y un par de muchachos llamados Dufraisne y Pertegou.

—Esto es un lujo asiático para mí —dijo el joven, viendo aparecer a la rolliza viuda con una humeante olla en las manos.

El plato que tenía delante se le llenó con una apetitosa sopa, en

la que nadaban varios trozos de carne y tocino, cuyo aroma le llegó a lo más profundo de su cuerpo.

Cenaron con avidez propia de unos seres que no habían probado bocado en más de veinticuatro horas. Waldemar tenía un sueño enorme, pero no se quiso ir a dormir sin antes haberle hecho unas cuantas preguntas a Henadec.

Éste, después de sacar una vieja pipa y encenderla, empezó a hablar.

—Poco hay que decir. Yo soy un solterón impenitente y mis padres murieron cuando la gran catástrofe. De los dos hermanos que tenía en Alsacia no he vuelto a saber más, y supongo que habrán corrido la misma suerte. Tampoco puedo ir a ver qué fue de ellos; Alsacia es zona contaminada, ¿sabe?

»Durante mucho tiempo anduve vagando de un lado para otro, buscando comida solamente, es decir, tratando de vivir nada más. Después me junté con otros hombres, excelentes personas, que deseaban hallar un lugar donde rehacer sus vidas. Éstos tenían sus familias y así formamos un pequeño núcleo, que acabó por residir aquí, en Saint Médard. Algunos se cansaron pronto y se marcharon, pero fueron los menos. La mayoría se quedaron aquí y organizamos una comunidad, que se rige por viejas leyes, que en buena parte han debido ser modificadas. Sobre mí recayó, por elección popular, el cargo de alcalde, y hasta ahora no creo haber dado motivo de queja a ninguno de mis gobernados.

Hemos vivido en paz durante unos cuantos meses. Naturalmente, hemos procurado desarrollar nuestros recursos, al mismo tiempo que permanecíamos en alerta constante, dadas las circunstancias del mundo actual. Esto nos ha permitido sobrevivir hasta ahora, y creo que el ejemplo que hemos dado con la banda de Doré será suficiente para atemorizar a otras pandillas que pululan por esta región no contaminada.

—¿Cree usted que esas personas llegarán a enterarse de lo sucedido, Henadec?

—Sí, porque, aunque parezca mentira, y aun careciendo de medios de comunicación, ciertas noticias se extienden con toda facilidad. Nosotros mismos sabíamos que Doré iba a atacarnos, pera ignorábamos la fecha. Esperando el ataque por la noche, no calculamos la posibilidad de que lo hiciera en pleno día y esto fue

lo que causó la pérdida de esos cinco o seis hombres, entre ellos el mecánico del motor que da la luz a Saint Médard.

—¿Cómo? ¿Tienen luz?

—¡Ya lo creo! Pero la utilizamos muy parcamente, puesto que nuestras reservas de combustible son muy escasas Encontramos aquí un pequeño depósito y lo guardamos como oro en paño.

—Yo sé dónde podemos encontrar todo el que queramos —dijo Waldemar, a su vez, y entonces explicó sus aventuras hasta el momento de la llegada a la aldea. Terminó—: Cuando en la región haya cierta tranquilidad, haremos un día un viaje para traer gasolina.

—Utilizaremos unas cuantas bestias de carga que hemos podido encontrar y que nos sirven en nuestras tareas de labranza. Realmente, esos depósitos del aeródromo que usted mencionó. Wald, nos serán muy útiles.

Los dos hombres guardaron silencio un momento; después Henadec dijo:

—Me preocupa lo que me contó: lo de los insectos gigantes, Wald. ¿Cree usted que nos atacarán?

—No lo sé. Sin embargo, convendría estar prevenidos, Henadec. Ésta es una contingencia con la cual hay que contar y, por supuesto, mucho más desagradable que una pandilla de forajidos como la de Doré. ¿Cuántos somos ahora, en total?

Henadec levantó la vista al techo, haciendo un cálculo mental. Al fin dio su respuesta.

—Con usted y José, siete varones, contándome a mí. Mujeres, si añadimos a Janine, nueve, más tres niños de ocho a once años, y otra como Arlette.

—Veinte personas en total, de las cuales hay que descontar los cuatro niños. ¿Y armamento?

—De eso estamos algo mejor. Tenemos los rifles y pistolas que quitamos a Doré y los suyos, mas cuatro rifles y dos metralletas que ya poseíamos anteriormente. Escatimaremos las municiones todo lo que podamos, no porque falten, sino porque, un día u otro se acabarán, y entonces nos será imposible reponerlas.

—Me parece muy bien —dijo Waldemar—. Quisiera seguir hablando con usted de este tema, pero estoy terriblemente cansado. Hemos de discutir muchas cosas antes de ponerlo todo nuevamente

en marcha, pero no creo que ocurra nada per retrasarlo unas horas, ¿verdad?

CAPÍTULO X



l rayo de sol, entrando por la ventana abierta, golpeó los ojos de Waldemar, obligándole a despertarse. El joven se sentía aún muy cansado, pero viendo que era ya de día, bostezó y puso los pies fuera del colchón donde había dormido aquella noche. El colchón estaba tirado en el suelo, aunque después de más de un mes de dormir sin nada más que la tierra debajo, a Waldemar le había parecido ir a caer en un lugar de refinada molicie, que ya creía desaparecida del planeta.

Colocándose las botas, y puesto que no se había desvestido siquiera, se puso en pie y salió fuera da la estancia, pasando a la inmediata, donde cenara la noche anterior.

Los ojos de Janine se iluminaron al verle, La muchacha, con ropa limpia, parecía otra, y hasta el rostro de Arlette había cambiado. En una esquina de la mesa, José solícitamente atendido por la afable viuda, comía a dos carrillos.

—Ven acá—. Dijo la muchacha, tomándole de una mano—. La

señora Vadim es una maravillosa cocinera y está desquitándonos de las hambres pasadas.

—Yo creí que estas cosas ya no existían en nuestro mundo —dijo José, con la boca llena.

El aromático olor del café llenaba la estancia y Waldemar sintió de pronto un apetito feroz.

Janine se sentó frente a él, sonriendo dichosa al verle comer con tan buena disposición. La muchacha, lavada, peinada, había cambiado notablemente y era otra completamente distinta de la de los últimos días. En su rostro tostado por el sol, y al que no le era preciso ningún elemento de cosmética para mantener su belleza, se veía una satisfacción incontenible por haber hallado al fin lo que parecía un remanso de paz y tranquilidad infinitas.

—Me parece que tuvimos buena idea al venirnos aquí —dijo Waldemar, entre sorbo y sorbo de café.

—Anoche estuve hablando con Henadec y convinimos en que hay mucho trabajo a realizar.

—Leboriau, nuestro mecánico, murió anoche. Tendrá que reparar el motor de gasolina, señor —dijo la señora Vadim.

—Con mucho gusto, siempre que Henadec no disponga otra cosa. Y no sólo haré eso, sino que buscaré los medios para instalar una emisora.

—¿Para qué? —inquirió extrañada Janine.

—Ya lo dije anteriormente; estamos en un nuevo mundo, y sólo si nos organizamos en sociedad, podremos sobrevivir. Hasta ahora, ignoramos las condiciones en que se desenvuelven otras personas, pero hay que suponer que algunas vivan incluso mejor que nosotros. Debemos tratar de unirnos y volver a lo que éramos antes. De todas formas, si Henadec es contrario a mi idea, no insistiré.

Janine inclinó la cabeza.

—Dices volver a lo que éramos antes, Wald. Antes había guerras y cada nación estaba frente a la otra. Tus palabras son magníficas en cuanto a idealismo, pero acaso carezcan de sentido práctico. ¿No sería mejor contentamos con lo que tenemos? Más gente en Saint Médard, por ejemplo, significa más ideas y no todas iguales. Esto, inevitablemente, trae discusiones y…

—Pensando como lo haces tú, Janine, no sólo no adelantaremos, sino que retrocederemos. El hombre debe vivir en sociedad y, a

partir de ahora, recordar esta catástrofe para no incurrir en otra semejante. Si así lo hacemos, si unos y otros caminamos con espíritu y caridad cristiana, llegaremos a nuestra meta. De lo contrario, la oscura noche de la animalidad salvaje y sin otro raciocinio que el puro instinto es lo que podemos esperar.

—¡Dios le oiga, señor Corley! —dijo la, viuda fervorosamente, y Janine, sin poderse contener, se echó a reír.

—Estarás contento, Wald; ya tienes tu primera partidaria.

—Yo soy el segundo —dijo José—. Estos platos de sopa sólo los puede hacer una persona con inteligencia como la señora Vadim.

—Tendré que ser yo la tercera —sonrió Janine, y, de pronto, sintió su mano sujeta afectuosamente por la del joven.

Los ojos de Waldemar se clavaron en los de ella, haciéndole brotar los colores en sus redondas mejillas.

—Quisiera que fueras la primera —murmuró.

Y Janine, toda sofocada, hubo de inclinar un momento la cabeza. La viuda les contemplaba afectuosamente, en tanto que una ancha sonrisa abría la boca de José de oreja a oreja.

Aquel momento fue cortado bruscamente por la inesperada aparición de Henadec.

—Lamento ser portador de malas noticias —dijo de golpe—, pero ahora no se acostumbran las dilaciones.

Todos se pusieron en pie, acercándosele rápidamente.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Waldemar.

—Tenía usted razón —dijo Henadec—. Hasta ahora, y pese a las seguridades que nos habían dado, no había creído en lo de los insectos, pero Dufraisne, que estaba de guardia a la entrada del puente, acaba de matar a una langosta del tamaño de un caballo.

—¡El puente! —exclamó vivamente Waldemar—. ¡Nos hemos olvidado de él!

—¿Por qué lo dices, Wald? —preguntó José.

—¡Hay que cortar ese trozo de pasarela inmediatamente! —gritó Waldemar—. De lo contrario, nos asaltarán y…

No concluyó la frase; tomando la propia pistola ametralladora de Henadec, salió de la casa de estampida, seguido por todos cuantos allí estaban.

Al llegar a la plaza de acceso al puente vio que se hallaba allí la totalidad de los habitantes de Saint Médard. Algunas de las mujeres

parecían francamente acobardadas y no se atrevían siquiera a hablar en voz baja, cambiando impresiones en un monótono cuchicheo.

—Henadec —dijo Waldemar— que toda mujer que pueda empuñar un arma lo haga. José, vamos a destruir la pasarela.

En la cima del puente se hallaban dos muchachos, Dufraisne uno de ellos, cuyos rostros aparecían blancos como la cera. Al otro lado, apenas a quince metros, se veían los restos destrozados de una langosta de gran tamaño.

—Señor Corley —dijo el muchacho—, esto me da mucho miedo.

—Más me da a mí —contestó Wald—, pero con lamentaciones no adelantamos nada. Estos insectos, desarrollados de tal manera, son unas bestias dañinas de la peor especie y debemos destruirlas antes de que ellas lo hagan con nosotros. Algunas pueden saltar, pero otras no, y quitándoles la pasarela, aumentaremos nuestras posibilidades de defensa. ¡Vamos!

En pocos momentos, ayudados por un par de hachas que trajo el propio Henadec, cortaron el enlace de los tablones, arrojándolos a la corriente que se los llevó lentamente. No habían terminado aún, cuando una pareja de hormigas gigantes, de una alzada superior al metro, aparecieron al otro lado, a la salida del bosque.

Los dos insectos corrieron hacia el puente, tableteando siniestramente sus mandíbulas. Su instinto les advirtió que no podían salvar aquel obstáculo, pero quedaron allí, moviendo amenazadoramente sus antenas y haciendo fosforescer de manera siniestra sus ojos,

—¡Dios mío! —exclamó Henadec—. Parece imposible que unos seres como éstos hayan conseguido alcanzar un tamaño tan colosal.

—Sus facultades físicas acaso hayan mermado —dijo Waldemar —, pero, en cambio, el instinto se les ha agudizado y, no teniendo suficiente con el alimento vegetal, necesitan ahora algo más substancioso, que sólo en nosotros pueden hallar.

—Por mi parte —gruñó José—, renuncio a servir de *piéce de resistence*. Me encuentro muy a gusto dentro de mi pelle… ¡Cuidado! ¡Ahí viene!

El grito del español se debió a que uno de los insectos, exacerbado sin duda por el hambre, había saltado tratando de atravesar el espacio derruido del puente. Éste era demasiado largo

para su esfuerzo, mas, no obstante, consiguió apoyar sus patas delanteras en el muñón donde se encontraban Waldemar y sus amigos.

Dufraisne no se pudo contener y destrozó la repugnante cabeza de la bestia con una ráfaga de pistola ametralladora. Los restos del animal cayeron al agua, en donde se hundieron con lúgubre chapoteo, en tanto que el otro muchacho destrozaba a tiros a la segunda hormiga, esparciendo sus hediondos restos par la calzada del puente.

—¡Reservad las municiones cuanto podáis! —grité Waldemar, y en aquel momento, un horrible griterío le hizo volver la cabeza hacia donde se hallaban las mujeres.

AI otro lado del río acababa de aparecer una banda de langostas gigantes, cuyas mandíbulas chocaban entre sí, produciendo un estrépito aterrador. Posiblemente no llegarían al centenar, pero la visión impresionaba y causaba frío en la sangre.

—¡No disparen hasta que no sea absolutamente preciso! —recomendó el joven, comprobando mecánicamente la carga de su metralleta. Luego miró a Henadec—. Es preciso que alguien vaya a su depósito de municiones y luego las traiga aquí para tenerlas a mano.

Henadec asintió, mandando a uno de los muchachos, quien arrastró tras él a varias de las mujeres. Waldemar, entonces, bajó del puente, yéndose a la orilla del río, corriente arriba, hasta situarse, junto con José y Janine, la cual también había obtenido un arma, frente a aquellos feroces insectos, que solamente aguardaban el momento propicio para lanzarse sobre ellos.

—Si logran saltar el río… —murmuró el joven, pensando en que acaso los treinta metros de anchura de la corriente de agua no fueran obstáculo para las alas de las langostas, y todavía no había terminado de hablar, cundo una de ellas, desplegando sonoramente sus alas, inició el vuelo.

Tal como había observado certeramente Waldemar, la potencia de sus músculos era ahora insuficiente para desplazar por los aires su enorme cuerpo. Aun así, quedó muy cerca de la orilla, pero la corriente se la llevó, en medio de ruidosos chapoteos. Nadie disparó un tiro, dejando que fuera el agua quien hiciera su labor por ellos.

Tres langostas, en cambio, consiguieron tocar tierra, pero fueron

destrozadas a balazos antes de poder iniciar el ataque. Las otras redoblaron su estrépito, como amenazando con un asalto general.

Varias langostas más cayeron al agua. Algunas se ahogaron, hundiéndose como plomos, pero otras, nadando frenéticamente, llegaron a la orilla, en donde fueron presa fácil para los tiradores. José, tratando de ahorrar municiones, se arriesgó a llegar al cuerpo a cuerpo, armado con un hacha de descomunal tamaño, con la cual partió en dos a tres de aquellas bestias, cuyos cuerpos fueron arrojados sin contemplaciones al agua. Las restantes fueron barridas a tiros, sin contemplación de ninguna especie.

Pero era evidente que todavía había muchas y que podían hacer pasar un mal rato a los habitantes de Saint Médard. Bruscamente, Waldemar tuvo una idea que reputó de salvadora, y se la comunicó a Henadec entre dos disparos certeros.

El alcalde sacudió la cabeza, negándose rotundamente.

—¡No! ¡Sería nuestra ruina!

—De la ruina se puede levantar cabeza —arguyó Waldemar—. Pero de la muerte, no, Henadec. O hacemos eso, o acabaremos siendo derrotados.

—Pero…

—Donde antes le dije hay más, Henadec —insistió el joven, viendo que los asaltos de las langostas se hacían más y más frecuentes. Una de ellas, volando más que las demás, cayó en el centro de la plazoleta, pero José la persiguió encarnizadamente con el hacha, abatiéndola antes de que alcanzara a un espantado niño que huía dando gritos de horror.

Aquello acabó de convencer al alcalde, que corrió de allí llevándose a cuantas mujeres no tenían un arma en la mano y a todos los chicos. Mientras tanto, Waldemar y los suyos tiroteaban frenéticamente a los insectos, exterminándolos en grandes grupos.

El singular combate pareció estabilizarse unos momentos, cuando el número de las langostas se hubo reducido a la mitad. Pero entonces unos sonoros gritos que procedían del puente, señalaron la aparición de un nuevo peligro.

Los cabellos se le erizaron a Waldemar cuando vio aparecer en la otra orilla del río una ondulante masa negra, en la que se agitaban estridentemente centenares de patas y antenas. Hormigas y escarabajos, en espeluznante mezcla, suspendidas

momentáneamente las hostilidades entre sí, aparecieron en manada, deteniéndose ante el obstáculo del río.

Pero el joven sabía que aquella detención era momentánea, y que los treinta metros de agua serian franqueados por aquellos voraces seres, cuya ferocidad parecía haber aumentado más aún que su tamaño. Mentalmente rogó porque Henadec volviera pronto, y entretanto distribuyó a los tiradores de uno y otro sexo en lugares estratégicos, dotándoles de una buena reserva de municiones.

Ahora ya no importaba derrochar los cartuchos; la propia vida valía más que todo, y así lo entendieron aquellas personas, que organizaron un tiroteo ensordecedor, de terribles efectos, contra aquellos monstruos, los cuales, después de unos instantes de vacilación, habían acabado por lanzarse al agua. La superficie del río negreó en pocos instantes, hirviendo bajo el doble efecto de los impactos de las balas y los movimientos de las patas de los insectos.

El joven vio claramente que fuera lo que fuera, aquélla era una lucha a vida o muerte entre dos grupos de animales, unos racionales, los otros sin inteligencia, que luchaban por la posesión de un mundo en él que vivir sin trabas. De aquel combate tenía que salir un vencedor, en tanto que al vencido no le cabría ninguna gracia: sólo le esperaba la muerte, fuera cual fuera el bando al cual pertenecía.

Ahora las langostas también saltaban, aunque la mayoría de ellas no conseguían franquear el rió. El español, desnudo de cintura para arriba, recorría incesantemente el terreno, agitando el hacha con continuos molinetes, y cada vez que el acero descendía un insecto, hormiga, escarabajo o saltamontes era cortado limpiamente en dos. Janine, al lado de Waldemar, tenía un rifle y disparaba pausadamente, sin perder un tiro, demostrando con sus blancos la excelente puntería que había adquirido durante el año de su vagabundeo.

Continuamente eran destrozados los insectos antes de llegar a la orilla y a veces aun en la misma, pero también, y de modo continuo, fluían refuerzos del interior del bosque, lanzándose inmediatamente a la lucha. Waldemar, Janine, José, Dufraisne, los otros muchachos y tres o cuatro mujeres armadas con rifles y metralletas, iban de un lado para otro, sin darse el menor momento de descanso, disparando sin otras intermitencias que las precisas

para cargar las armas descargadas. Era evidente, a juzgar por el modo con que atacaban los insectos, que se había producido una migración espontánea, reuniéndose todos en un mismo punto, merced a su instinto, y emprendiendo una marcha en busca de nuevos horizontes alimenticios para sus ahora violentas necesidades. Los hombres eran un obstáculo para el logro de sus apetencias y tenían que destruirlos o perecer. Y a los hombres les ocurría lo mismo: tenían que vencer o morir; no cabía otra alternativa.

Alguien apareció con una bolsa llena de granadas de mano que distribuyó entre los tres o cuatro más a su alcance. Las bombas, lanzadas a pocos metros de la orilla, lanzaron a lo alto grandes masas de agua, mezcladas con destrozados cuerpos de insectos, en medio de un fragor espantoso. Pero aquel recurso se acabó también y hubieron de volver a la lucha a tiros.

La presión de los insectos era irresistible. Waldemar empezó a prever el instante de la retirada, y confió en los habitantes de la aldea para hallar el seguro refugio de algún edificio que les acogiese entre sus sólidos muros, en tanto pasase la oleada salvaje. Estaba muy cercano el momento en que tendrían que hacer aquello, y el joven, en medio de todo, confió en las inmutables costumbres de aquellos animales: devorarían cuanto pudieran y, habiendo acabado con lo que hallan a su paso continuarían su devastadora marcha, emigrando a regiones más acogedoras. No obstante, y para evitar en lo sucesivo ataques como aquél, debían exterminarlos si les era posible. Si Henadec no…

Pero sí; allí estaba Henadec, ayudado por tres o cuatro mujeres y un par de chiquillos, empujando un antiquísimo carro de labranza, salido sabía Dios de dónde. La plataforma del carro estaba llena de latas, y Waldemar, lanzando gritos, advirtió a sus compañeros lo que tenían que hacer.

Cada uno de ellos tomó una lata, corriendo nuevamente hacia la orilla del río y esparciéndose a intervalos regulares. Volcaron en el agua el contenido de las latas y de pronto, alguien lanzó una cerilla.

Durante aquellos momentos los insectos habían ganado espacio al no ser tiroteados. Pero inesperadamente se encontraron con una barrera de llamas que los consumía, devorando sus cuerpos implacablemente. El calor se hizo espantoso, insoportable, en tanto

que un hedor indescriptible se expandía por la atmósfera. Decenas y decenas de abrasados cuerpos de insectos de todas clases fueron arrastrados por la corriente en llamas, cuyo fuego abrasador era renovado continuamente por más aportaciones de latas de combustible, que añadían nuevo incremento a la hoguera. Varios saltamontes volaron, tratando de alcanzar la orilla, pero al ser alcanzadas sus alas por las extremidades de la hoguera perdían la estabilidad y caían de lleno en aquel ardiente piélago, en donde eran devorados en medio de horrendos chirridos.

Sofocados, ennegrecido el rostro tanto por el humo de la pólvora como por el de las llamas, Waldemar y los suyos se retiraron prudentemente a unos cuantos metros de la orilla. El joven buscó un observatorio prominente, dándose cuenta de que al otro lado aún había una enorme cantidad de insectos que sólo aguardaban el momento propicio para reanudar el asalto, aguardando, advertidos por su instinto, la extinción de las llamas.

Waldemar buscó al alcalde.

—¿Quedan más latas? —le preguntó.

—Unas quince o veinte todo lo más —contestó Henadec con tono sombrío.

El joven se mordió los labios.

—Creo que será suficiente. Vamos, haga que las traigan.

—¿Para, qué?

El índice del joven se tendió a lo lejos.

—Hemos de incendiar el bosque. Sólo así conseguiremos exterminar a esas fieras.

—¿Y quién va a arriesgar el pellejo por cruzar el río?

—Nadie, porque no hará falta. ¡Rápido, Henadec; haga lo que le digo! No tenemos un segundo que perder; esos bichos se lanzarán de nuevo al asalto. ¡Dufraisne, Pertegou!

Los dos muchachos, negros de pies a cabeza, pero valientes y animosos a pesar de todo, se presentaron al momento, Waldemar tenía que darles una orden.

—Traed todas las cuerdas que podáis. ¡«Allons vite»! José, ven conmigo. Los demás, en cuanto se apaguen las llamas, continuad el fuego contra los insectos si éstos quieren reanudar la travesía del río.

A la orilla de éste había varios arbolillos jóvenes de unos ocho o

diez metros de altura. Waldemar dio instrucciones a José, y el español trepó a la cima de uno de ellos llevando en una de sus manos una cuerda de las que Habían aportado los muchachos. La ato toda lo alto que pudo, y el otro extremo quedo fijado a una estaca sólidamente hincada en el suelo, quedando el árbol doblado en arco sobre sí mismo, hasta el punto de quedar su final casi tocando la tierra.

Estallaron varios tiros. Con gran rapidez Waldemar preparó otros árboles en forma similar, colocando en el extremo superior sendas latas de bencina, con la tapa abierta, y a las cuales había atado una gran pelota de trapos, empapados en el combustible. Se armó de una larga vara, a cuyo extremo ardía otra pelota similar, y fue prendiendo fuego a los trapos mojados en la gasolina.

José iba tras él, y a medida que encendía una de aquellas improvisadas mechas partía de un hachazo la cuerda. Las latas, al recobrar bruscamente el árbol su posición inicial, distendiéndose como una catapulta, eran lanzadas en arco por encima del rió, cayendo al otro lado, a pocos metros de la orilla. Las primeras explosiones, sordas, con reburo, empezaron a oírse.

La seca estación en que se hallaban facilitó sus planes. Ríos de gasolina ardiendo empezaron a extenderse por todas partes, envolviendo en sus llamas indistintamente a plantas y animales, devorando a unas y otros con estricta imparcialidad. A Waldemar le dolía terriblemente la destrucción de aquella riqueza, pero por su propio bien debía hacerlo. Nuevas latas de gasolina fueron catapultadas desde otros puntos situados más arriba con el fin de extender el incendio, consiguiéndose tal fin, en tanto que todo aquel que no ayudaba directamente al lanzamiento del combustible disparaba encarnizadamente contra los insectos, que, acuciados ahora por las llamas, cada vez más altas, trataban de buscar la salvación en el cruce del rió.

Poco a poco el fuego se fue extendiendo, y al llegar la noche ardía el bosque casi por completo, iluminando con sus rojos resplandores la tétrica escena. Ninguno de los habitantes de la aldea pensó en dormir aquella noche, vigilando continuamente la orilla del río, y la señora Vadim, en unión de otra mujer, preparo comida, y café para los esforzados combatientes, que se tambaleaban ya a causa del enorme cansancio.

La noche transcurrió en una actividad constante. El fulgor era tan intenso que iluminaba la escena casi como si fuera de día, y a su luz podían verse centenares de cuerpos de insectos arrastrados lentamente por la corriente. Sobre ellos nadaban y se agitaban aún muchos supervivientes, algunos de los cuales lograban ganar la orilla solamente para ser destrozados a balazos.

El alba llegó al fin y con ella el término de la lucha. El bosque seguía ardiendo y las llamas se extendían por todo su ámbito, formando una eficaz barrera contra otras posibles hordas de insectos. El instinto de éstos les advertiría evitar aquella zona en lo sucesivo, por lo que Waldemar juzgó que podían considerarse ya a salvo. Tendrían, no obstante, que permanecer en una continua vigilancia, pero con el tiempo deberían desechar aquella terrible amenaza.

Fatigadísimo, exhausto, buscó con la vista a Janine, hallándola no lejos de allí, junto a Arlette. José parecía muy ocupado agradeciendo a la señora Vadim el pote de café que ésta le acababa de traer.

La muchacha, también roja y tiznada, le sonrió, agitándole una mano. Fue hacia ella, mirándole a los ojos.

En aquel momento, cuando los primeros rayos del sol atravesaban la espesa capa de humo del incendio, se oyó un sonido raro, extraño, hasta incongruente en aquel lugar: el musical tintineo de una pequeña campana.

Todos los rostros se volvieron hacia el lugar de donde salía aquel sonido. Un muchachito cruzó de repente por delante de ellos, gritando a pleno pulmón:

—¡Ha vuelto el padre Dupré!

Waldemar miró de nuevo a la muchacha.

—Creo —dijo algo embarazado— que el padre Dupré ha venido muy oportunamente.

Janine se sonrojó, bajando la cabeza. Waldemar continuó:

—Tú no tienes a nadie en este mundo, ni yo tampoco. ¿Quieres tenerme a mí, Janine?

—Oh, Wald —exclamó, solamente la muchacha, lanzándose en sus brazos.

Permanecieron unos instantes así, y luego él, separándose, le tomó una mano.

—Ven —dijo—, ahora nos toca comenzar una nueva vida. De aquel cataclismo ha surgido una nueva Era y nosotros seremos sus pioneros.

Echaron a andar hacia la iglesia, cuya pequeña torre estaba siendo iluminada por los primeros rayos del sol naciente. El argentino son de la campana continuaba vibrando en el aire de la mañana.

Waldemar tenía razón; una nueva Era surgía y ellos iban a constituir la vanguardia de la misma. Eran pocos, veinte a lo sumo, pero los suficientes para constituir el núcleo que salvaría a la raza humana de su extinción total. La vieja Era había muerto, alumbrando otra con terribles dolores, pero ello mismo era garantía de su futura ¡felicidad y bienestar! Tendrían que trabajar mucho, luchar contra terribles inconvenientes y desventajas; en algunas ocasiones se hallarían tan desvalidos y desamparados frente a las contingencias de la vida como se hallaron los primeros pobladores del planeta; pero con amor y fe en sí mismo lograrían vencer todos cuantos obstáculos se alzasen a su paso.

Cogidos de la mano, Waldemar y Janine pasaron bajo el arco de la puerta de entrada a la iglesia, atravesando el umbral de una nueva Era.







Escena de EL REY DE LOS MONSTRUOS, de Mahier Films.

Precio en España: **6.—ptas.** En Argentina: **4,5 pesos**



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] U. A. es abreviatura de Unidad Astronómica, término de medida adoptado oficialmente dentro de los confines del Sistema Solar, y que equivale a la distancia media de la Tierra al Sol, esto es, unos 150 millones de kilómetros. (N. del A.). < <

[2] Para quien acaso tache de exagerado este episodio, diremos que en el África existen langostas gigantes, que, único caso entre los insectos, atrapan y devoran ratoncillos y que, en el desierto de Nuevo México, en donde continuamente se están haciendo pruebas de explosiones nucleares, han aparecido insectos comunes, pero con un tamaño enormemente superior al normal, sin duda por haber sido afectadas las leyes de su herencia biológica por las emanaciones radiactivas de dichas explosiones. (N. del A.). <<